

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/350186203>

Catatumbo Reconstruyendo nuestra historia

Book · December 2020

CITATION

1

READS

724

5 authors, including:



[Lizbeth Jaime Jaime](#)

Universidad Francisco de Paula Santander

12 PUBLICATIONS 28 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)



[Martin Humberto Casadiegos Santana](#)

Universidad Francisco de Paula Santander

14 PUBLICATIONS 27 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)

CATATUMBO

RECONSTRUYENDO NUESTRA HISTORIA



Lizbeth Jaime Jaime
Ana María Carrascal Vergel
Martín Humberto Casadiegos Santana



**Universidad Francisco
de Paula Santander**
Ocaña - Colombia
Vigilada Mineducación



GISOJU
Grupo de Investigación Sociojurídico

CATATUMBO
RECONSTRUYENDO
NUESTRA HISTORIA

LIZBETH JAIME JAIME
ANA MARÍA CARRASCAL VERGEL
MARTÍN HUMBERTO CASADIEGOS S.

Jaime Jaime, Lizbeth

Catatumbo: reconstruyendo nuestra historia / Lizbeth Jaime Jaime, Ana María Carrascal Vergel, Martín Humberto Casadiegos. -- 1a. ed. -- Ocaña : Universidad Francisco de Paula Santander; Bogotá : Ecoe Ediciones, 2020.

67 p. -- (Ciencias humanas. Sociología)

Incluye glosario y datos de los autores en la pasta. -- Incluye complemento virtual SIL (Sistema de Información en Línea). -- Contiene referencias bibliográficas.

ISBN 978-958-771-993-2 -- 978-958-771-994-9 (e-book)

1. Conflicto armado - Catatumbo (Región, Colombia) – Historia 2. Catatumbo (Región, Colombia) - Condiciones sociales – Historia I. Carrascal Vergel, Ana María II. Casadiegos, Martín Humberto
III. Título IV Serie

CDD: 303.60986124 ed. 23

CO-BoBN- a1067814



Área: Ciencias humanas

Subárea: Sociología.



Universidad Francisco
de Paula Santander

Ocaña - Colombia
Vigilada Mineducación

© Lizbeth Jaime Jaime
© Ana María Carrascal Vergel
© Martín Humberto Casadiegos S.

- ▶ Universidad Francisco de Paula Santander
Vía Acolsure, Sede el Algodonal
Ocaña Norte de Santander -
Colombia
Teléfono (057)(7) 5690088
Bogotá, Colombia
- ▶ Ecoe Ediciones Limitada
Carrera 19 # 63C 32
Bogotá, Colombia

Primera edición: Bogotá, diciembre del 2020

ISBN: 978-958-771-993-2
e-ISBN: 978-958-771-994-9

Directora editorial: Claudia Garay Castro
Corrección de estilo: Paula Rueda
Copy: Angie Sánchez Wilchez
Diagramación: Alicia Parra R.
Carátula: Wilson Marulanda Muñoz
Impresión: Carvajal Soluciones de
comunicación S.A.S
Carrera 69 #15 -24

*Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.*

Impreso y hecho en Colombia - Todos los derechos reservados



DEDICATORIA



*A Dios, por la sabiduría entregada para realizar
esta obra que pretende incidir en la garantía de los
derechos de las víctimas del conflicto armado del
Catatumbo.*

*A nuestros seres queridos por ser cómplices de
nuestros sueños.*



AGRADECIMIENTOS

A la valentía de las veintiuna víctimas del conflicto armado de la región del Catatumbo que voluntariamente ofrecieron su testimonio en aras de hacer visible la profunda crisis humanitaria de esta región.

A Dayron quien teniendo la condición de víctima del conflicto armado en la región del Catatumbo, hizo suyos cada uno de los testimonios.

CONTENIDO

ABREVIATURAS	XIII
PRÓLOGO	XV
INTRODUCCIÓN	XVII
ASPECTOS GENERALES DE LA REGIÓN DEL CATATUMBO	1
Municipio de Ocaña	3
Municipio de Tibú	3
Municipio de Ábrego.....	4
Municipio de Sardinata	4
Municipio del Tarra	5
Municipio de Convención	5
Municipio de Teorama	5
Municipio del Carmen	5
Municipio de San Calixto.....	5
Municipio de Hacarí.....	6
Municipio de La Playa de Belén.....	6
Los Estoraques.....	6
Los Barí.....	7
Parque Nacional Natural Catatumbo Barí.....	8
Oleoducto Caño Limón Coveñas.....	9
Minerales estratégicos para Colombia en el Catatumbo	9
Conflicto armado en la región del Catatumbo.....	9

CATATUMBO: RECONSTRUYENDO NUESTRA HISTORIA ORAL	13
La esperanza también se pierde.....	16
El último gol	19
Debajo de la cama	21
Libertad bajo amenaza	22
Tormenta después de la lluvia	23
Correr por las balas.....	25
El viajero del conocimiento	26
El peso del amor	28
Hasta siempre, papá.....	30
La horrible noche	32
El dolor después del amor.....	34
El terror tocó a la puerta	36
Volver	37
Cuando el corazón deja de latir.....	39
Secuestro sin reencuentro	41
Las luces de la montaña.....	43
13 de septiembre	44
Más allá de las ideas	46
La banqueta.....	48
¡No más llamadas!.....	50
Se fue la luz	53
EPÍLOGO	55
GLOSARIO	59
REFERENCIAS	61
SOBRE LOS AUTORES	61

ÍNDICE DE FIGURAS

FIGURA 1. Ubicación geográfica de los municipios que componen el Cata- tumbo	2
FIGURA 2. Los Estoraques.....	6
FIGURA 3. Resguardos Indígenas en el Catatumbo	7
FIGURA 4. Ubicación del Parque Nacional Natural Catatumbo Barí.....	8

ÍNDICE DE TABLAS

TABLA 1. Población a nivel municipal 2020.....	3
TABLA 2. Cultivo de coca por departamento (hectárea), 2010-2018.....	11

ABREVIATURAS

UFPSO: Universidad Francisco de Paula Santander Ocaña.

CNMH: Centro Nacional de Memoria Histórica.

ELN: Ejército de Liberación Nacional.

EPL: Ejército Popular de Liberación.

FARC - EP: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército Popular.

AUC: Autodefensas Unidas de Colombia.

GAOMIL: Grupo Armado Organizado al Margen de la Ley.

ASOMUNICIPIOS: Asociación de Municipios del Catatumbo, Provincial de Ocaña y Sur del Cesar.

CORPONOR: Corporación Autónoma Regional de la Frontera Nororiental.

UNODC: Oficina de las Naciones Unidas para la Droga y el Delito.

SIMCI: Sistema Integrado de Monitoreo de Cultivos Ilícitos.



PRÓLOGO



Hay una esperanza agónica que compartimos los seres humanos ante las tragedias, es la de querer volver ficción la realidad. Que sea un sueño, decimos, que sea un sueño. En el Catatumbo a veces quisiéramos que las historias fueran solo un sueño, que quienes desaparecieron simplemente estén de viaje y que esta verdad feroz de la violencia sea reemplazada por memorias, relatos, monumentos. Despertar un día sin vacíos en la mesa, sin helicópteros en el cielo y sin niños bajo la cama protegiéndose de la guerra.

En el primer capítulo del libro se hace una lectura deductiva del conflicto armado en Colombia para acercarnos a la comprensión de lo que sucede en el Catatumbo, los actores, las formas de violencia, los datos de la región y el contexto. Luego se presentan una lista de relatos que enmarcados en ese ambiente buscan orientar al lector a una mejor comprensión de la vida diaria de los catatumberos.

Este libro es, si se quiere, un intento de despertar nuestra historia, un viaje a la memoria que pretende desempolvar nuestros pasos, recordar lo andado y honrar a nuestras víctimas.

No habrá más historia sin memorias. No amanecerá de nuevo en el Catatumbo hasta que aprendamos a reconocernos, a leernos, a sentirnos. Estos relatos están atravesados por oraciones, abrazos y despedidas, pero también por esperanza, la de la no repetición.

Mientras leía algunos testimonios, gracias a esos juegos azarosos de la memoria, recordaba una pregunta que hice durante un enfrentamiento de la guerrilla y el ejército en mi pueblo (tendría tal vez 7 u 8 años): ¿Solo aquí hay guerrilla? Mi hermana me respondió sin más: sí, solo aquí. Desde luego, no era solo un asunto nuestro, pero comprendo la respuesta. Era el sentimiento de la guerra, esa sensación de vivir de cerca lo que otros solo veían en televisión.

Mientras mis papás aseguraban las puertas de la casa durante el enfrentamiento, tal vez recordaban lo vivido en 1999. La crisis económica que padecíamos en esos años nos obligó a explorar nuevas oportunidades laborales, a salir de nuestro pueblo y viajar a casa de unos familiares que prometieron ayudarnos en La Gabarra, Norte de Santander. Alcanzamos a pasar unos días y el clima no podía ser más caliente. Los rumores de una incursión paramilitar comenzaron a hacerse fuertes. 200 hombres vestidos de verde con fusil en mano estaban a punto de establecer el horror en este pueblo. Nosotros, extranjeros en el lugar, decidimos salir cuanto antes. Una lancha improvisada manejada por un niño de 9 años surcaba con dificultades técnicas el río Catatumbo; en su interior, mi papá, mi mamá y dos niños de 8 y 3 años. El niño de 3 años, que vestía una camiseta a rayas, recibía cada 3 segundos de parte de su mamá un poco de agua en el pecho para refrescarlo. Ese niño era yo y el río en el que íbamos, horas más tarde, llevaría con su corriente despojos humanos, partes irreconocibles de muchas víctimas, cadáveres flotantes de una de las masacres más crueles de la historia de la Violencia en Colombia, La masacre de la Gabarra.

* * *

Las montañas del Catatumbo han estado sembradas en lágrimas, el eco del llanto no ha dejado de sonar, la violencia anuló voces importantes, creó un sistema económico ficticio a base de ilegalidad, destruyó familias, las destruyó para siempre. Quizás esto último sea un hecho inadvertido, poco estudiado, pero las familias (incluso aquellas que sobreviven enteras a la violencia), tienden a romperse. La reconstrucción del tejido social es una de las labores más complejas y desafiantes después de un conflicto. La reparación, que termina por revictimizar, es producto de la ineficiencia estatal y las supuestas garantías de la no repetición, es un pendiente interminable. Todo esto crea obstáculos para hablar de un fin definitivo de la guerra.

Decía la poeta polaca Wislawa Szymborska (2008), “Después de cada guerra alguien tiene que limpiar. No se van a ordenar solas las cosas” (p.23). Estos testimonios son una forma de ordenar nuestra historia, de ponerle forma a aquello que la memoria va deshojando. Espero que cada narración logre describir a tantos héroes anónimos que al intentar reponerse de la violencia están reinventando lo que somos como nación.

Contar nuestra historia es una forma de decir: descanse en paz la guerra.

Dayron Dannylo Reyes Quintero.

INTRODUCCIÓN

La historia de la región del Catatumbo no se puede estudiar separándola de la profunda crisis humanitaria que ha dejado el conflicto armado. Esta región se encuentra ubicada al noroeste de Colombia, en zona limítrofe con Venezuela. La integran los municipios de Ocaña, La Playa de Belén, Ábrego, El Carmen, San Calixto, Teorama, Convención, El Tarra, Tibú, Sardinata y Hacarí.

Las condiciones que hacen más especial esta región son el pueblo indígena Barí, el Área Natural Única Los Estoraques, el Parque Nacional Natural Catatumbo Barí, el campo petrolero de Tibú, el oleoducto Caño Limón Coveñas, cultivos de palma y coca, las áreas estratégicas de minerales para Colombia y, el desarrollo del conflicto armado por más de cinco décadas.

Estas condiciones han sido documentadas a través de múltiples fuentes (informes de instituciones gubernamentales, organizaciones de Derechos Humanos, libros, y artículos de revistas y prensa), haciendo de la historia del Catatumbo, una historia positivista y escrita.

¿Cómo nace la idea de hacer este libro?

En un estudio preliminar los investigadores determinaron lo siguiente:

1. Como se dijo antes, la historia del conflicto armado en la región del Catatumbo estaba documentada mediante diversas fuentes que solo usaron testimonios

de víctimas de forma parcial para ampliar o confirmar un hecho de la historia. No había una preocupación real, un escuchar a las víctimas.

2. No existían investigaciones de historia oral del conflicto en la región desde la academia.
3. No existían investigaciones con los estudiantes víctimas que estaban bajo el amparo académico de la Universidad Francisco de Paula Santander Ocaña (UFPSO).

Con todo lo anterior, se establece la existencia de un vacío u omisión en la garantía de los derechos de las víctimas y para este caso el derecho de reparación, lo cual generó el objetivo principal de la investigación: Reconstrucción de la memoria histórica del conflicto armado en la región del Catatumbo. A través de la memoria oral de los estudiantes víctimas de la UFPSO. El objetivo general se desarrolló mediante los siguientes objetivos específicos: identificación de los estudiantes de la UFPSO víctimas de la violencia en la región del Catatumbo, y sus testimonios orales y análisis de estos.

Para poder identificar a los estudiantes víctimas del conflicto armado se llevaron a cabo visitas a los salones y se enviaron correos electrónicos, en los cuales se entregaba información de la investigación, indicando la importancia de participar en proyectos de reconstrucción de memoria histórica. Con estas actividades se identificaron cuarenta estudiantes con interés en el proyecto, de estos cuarenta estudiantes, veintiuno accedieron voluntariamente a dar su testimonio.

Los testimonios fueron el resultado de una entrevista grabada, la cual no tuvo preguntas estructuradas sino desarrollada en el marco de una historia oral temática, diseñada para que se ofreciera la experiencia personal del conflicto armado. No se consideró otra variable de la vida de la víctima, el testimonio se centró en el hecho violento. Estos testimonios se encuentran consignados en el capítulo segundo del presente libro.

El primer capítulo desarrolla los aspectos generales de la historia documentada de la región del Catatumbo, haciendo énfasis en la profunda crisis humanitaria que ha generado el conflicto armado en la región.

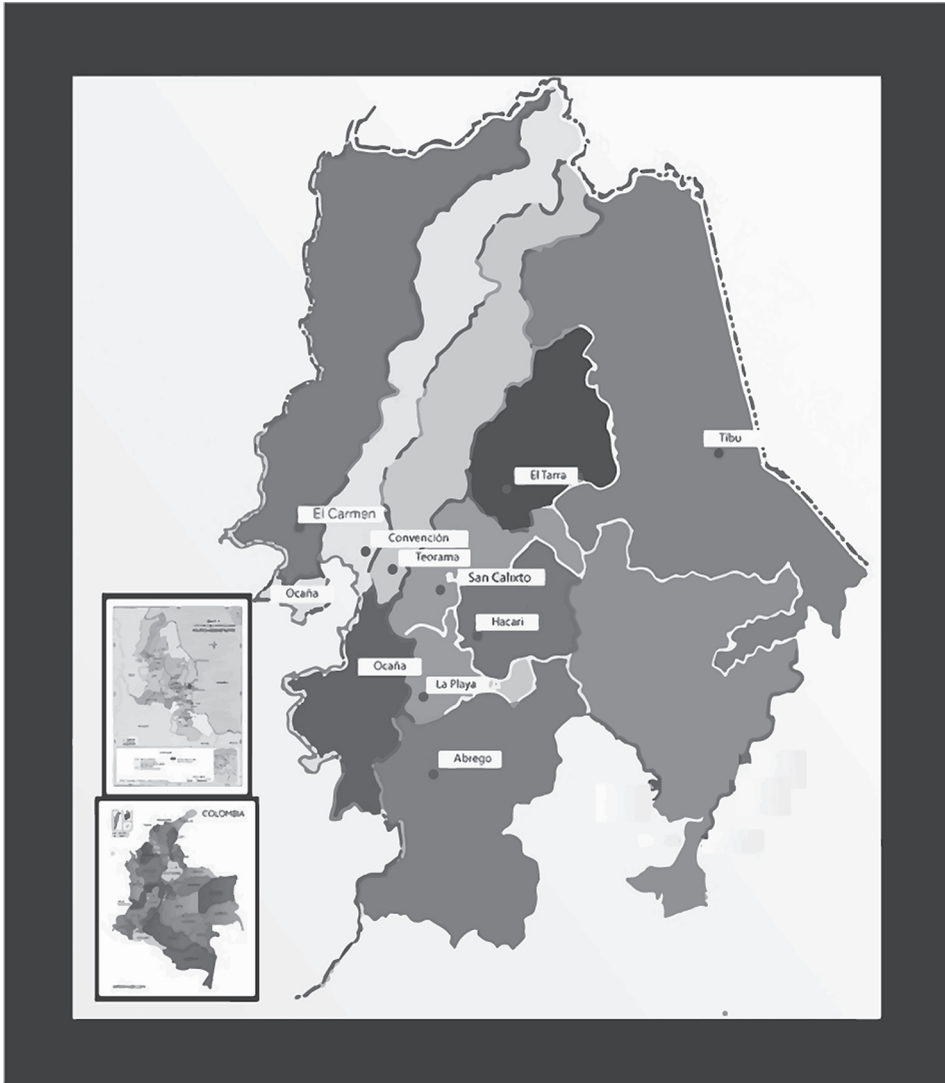
El segundo capítulo inicia ofreciendo conceptos como memoria y memoria oral, para luego desarrollar la parte metodológica a través de la cual se obtuvieron los testimonios de las víctimas, y se abre el espacio más importante para esta investigación, que es la transcripción de los testimonios orales de los estudiantes de la UFPSO, quienes ofrecieron su testimonio con la intención de que su historia no se repitiera.

ASPECTOS GENERALES DE LA REGIÓN DEL CATATUMBO

En el noroeste de Colombia se encuentra una región llamada Catatumbo que significa “Casa del Trueno” en lengua Barí, nombre que recibe el río que surca las ricas tierras de esta región. Naciente en la parte alta del Páramo de Jurisdicciones, municipio de Abrego, que desemboca en el Lago Maracaibo en el vecino país de Venezuela con el que se tiene una amplia zona limítrofe.

Esta región la componen once municipios: Ocaña, La Playa de Belén, Ábrego, El Carmen, San Calixto, Teorama, Convención, El Tarra, Tibú, Sardinata y Hacarí.

Figura 1. Ubicación geográfica de los municipios que componen el Catatumbo



Fuente: elaboración propia.

Dependiendo de las instituciones varían los municipios que integran la región, por ejemplo, en algunas excluyen Sardinata e incluyen Bucarasica¹. En otras no se encuentra el municipio de Ocaña.

1 La región del Catatumbo tiene una extensión de 4.826 Km que equivalen al 23 % del espacio total del departamento Norte de Santander. Geográficamente está ubicada entre los 8°22'9"17"Ny72°40'-73°40'.

Tabla 1. Población a nivel municipal 2020

	Municipio	Total
1	Ocaña	129308
2	Tibú	58721
3	Ábrego	33931
4	Sardinata	26804
5	El Tarra	21926
6	Convención	19647
7	Teorama	17670
8	El Carmen	14043
9	San Calixto	12174
10	Hacarí	10603
11	La Playa	8003
	Total	352830

Fuente: elaboración propia. Datos tomados del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE).
<https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/proyecciones-de-poblacion>

Municipio de Ocaña

Ocaña que fue fundada en el año 1570 por el capitán Francisco Fernández de Contreras se conoce como el tercer proyecto poblado de oriente. La ciudad se fundó bajo la jurisdicción del la Provincia de Santa Marta y recibió este nombre como homenaje al fundador don Pedro Fernández de Bustos, nacido en Ocaña, España (Academia de Historia de Ocaña, 2011).

Se encuentra ubicada sobre la cordillera oriental a 1183 metros sobre el nivel del mar. Cuenta con un clima templado y es el segundo municipio del departamento Norte de Santander. Ocaña es la puerta de entrada, la despensa y el centro de acopio de la región del Catatumbo. Es el único municipio que a la fecha no cuenta con cultivos ilícitos.

Municipio de Tibú

El origen de Tibú data del año 1945 cuando se creó como corregimiento; sin embargo en el año 1977 mediante Ordenanza 3 del mismo año, se convirtió en municipio. Tibú, o Bertrania (como también se le conoce), es el territorio de los indígenas Motilones y su origen y desarrollo están relacionados con la explotación de hidrocarburos como lo es el petróleo (IGAC, 2016).

El municipio de Tibú es el municipio más distante de Ocaña. Por su ubicación comparte el comercio con la capital del departamento (Cúcuta). Es el único

municipio que cuenta un campo petrolero² y a partir de la incursión paramilitar se implementó el cultivo de palma africana³.

Municipio de Ábrego

Ábrego es un municipio de Norte de Santander, cuya fundación data del 12 de marzo de 1810. Esta población surgió en terrenos donados por las hermanas doña Ana María y Josefa de la Encarnación Maldonado Quintero, quienes donaron la hacienda de Los Guayabitos para que allí se consolidara el poblamiento a partir de 25 solares en los cuales se buscaba la construcción casas, cocinas y huertas. Gracias a la Ordenanza Número 32 del 14 de abril de 1930 y en honor a la heroína norte santandereana Mercedes Abrego de Reyes, el municipio pasó a llamarse Ábrego (Alcaldía Municipal de Abrego, 2019).

En el páramo Jurisdicciones del municipio de Abrego nace el río Algodonal, el que, al enriquecer sus aguas con otros afluentes, y tras su paso por los municipios de Ocaña y Río de Oro, Cesar, llega al municipio de Teorama. Se le dio el nombre de río Catatumbo, denominación que adquirió toda la región.

Municipio de Sardinata

La fundación del municipio de Sardinata obedeció al asentamiento de los colonos quienes iniciaron con la agrupación de feudos; posteriormente, el presbítero Raimundo Ordoñez Yáñez a su llegada en el año 1904 inició las gestiones con el objetivo de que se creara el municipio de Sardinata y por el Decreto ejecutivo es elevado a categoría de municipio el 25 de agosto de 1906 (Alcaldía Municipal de Sardinata, 2020).

En la actualidad este municipio cuenta con una planta de gas que suministra 20 mil pies cúbicos por día de gas natural (La Opinión, 2020). Comparte con Tibú el cultivo de palma africana en la región del Catatumbo.

2 Finalizando el mes de octubre del año 2020 el gerente de Operación y Desarrollo de Ecopetrol, Orlando Mauricio Sánchez, advierte posible cierre del campo Tibú por constantes acciones violentas.

3 La economía del Tibú es igual a la que se desarrolla en Montes de María donde su historia por tierra y masacres es la misma. Todo esto tiene el nombre de Carlos Murgas, llamado el “Zar de la agroindustria”.

Municipio del Tarra

Tarra fue fundado como municipio el 26 de noviembre de 1990 y su nombre proviene del vocablo indígena Motilón Barí, que significa “entre ríos” y “lugar de defensa”.

La construcción del oleoducto en los años 1937 a 1939 y los asentamientos de los blancos, obligaron que los últimos motilonos residentes en este territorio se vieran en la necesidad de desplazarse hacia la frontera con Venezuela y a la ribera del río Catatumbo (Asociación de Municipios del Catatumbo, Provincia de Ocaña y Sur del Cesar).

Municipio de Convención

La fundación del municipio de Convención data el 9 de noviembre de 1829, fecha en la cual se protocoliza en Ocaña el acta de fundación y lo llaman San José de Cote, nombre que le asignó en homenaje a la señora Josefa Cote, madre del fundador del municipio. Posterior a la fundación, el día 25 de noviembre de 1829, San José de Cote fue erigido oficialmente como municipio. Un año más tarde en recuerdo de la Convención de Ocaña, se decidió darle el nombre de San José de la Convención (Villalba, 2018, p. 325 - 326).

Municipio de Teorama

El municipio de Teorama recibe su nombre por el cacique Tiurama que habitaba el territorio. El presbítero Alejandrino Pérez ajustó etimológicamente este término al prefijo griego Theo/Dios y Rama/Campo para dar origen al nombre Teorama que significa: Paisaje de Dios. En 1812 se elevó a la categoría de Parroquia y en 1817 don Manuel María Portillo es nombrado como primer alcalde, configurándose así la creación del municipio (Asociación de Municipios del Catatumbo, Provincia de Ocaña y Sur del Cesar).

Municipio del Carmen

El municipio del Carmen no tiene una fecha precisa de su fundación. A través de la Resolución 929 de 2005 el Ministerio de Cultura declara el centro histórico del municipio de El Carmen como Bien de Interés Cultural de carácter nacional, lo cual es propicio para el turismo, actividad económica que poco puede desarrollarse en razón a las condiciones de conflicto armado que vive el municipio.

Municipio de San Calixto.

La fundación del municipio se realizó el 14 de octubre de 1845, por el doctor Cayetano Franco Pinzón. Recibe su nombre en honor al papa Calixto I (Alcaldía Municipal de San Calixto, 2020).

Municipio de Hacarí

El municipio de Hacarí de acuerdo al historiador Jorge Meléndez fue creado “tras un proceso de desalojo de la población indígena en forma anárquica e individual”, y se le conoció por el nombre de la Palma. Por decisión de la asamblea departamental adquirió la categoría de municipio en el año 1908 y mediante la ordenanza número 29 del año 1930 se le sustituyó el nombre por el que hoy conocemos “Hacarí”. (Alcaldía Municipal de Hacarí, 2020).

Municipio de La Playa de Belén

El 4 de diciembre de 1862 con el nombre de La Playa de Belén, Patatoque, fue fundado el poblado en el sitio conocido como Llano Alto, donde se levantó la primera casa de propiedad de doña María Claro de Sanguino. La Playa de Belén formalizó su nombre el 16 de abril de 1934 con base en la Ordenanza N° 16 (CORPONOR, 2010).

Mediante Resolución 928 de 2005, el Ministerio de Cultura declara el centro histórico del Municipio de La Playa de Belén como Bien de Interés Cultural de Carácter Nacional. Además de ello el municipio pertenece el Área Natural Única Los Estoraques.

Los Estoraques

Colparques describe sus esculturas naturales como “labradas por el agua y el viento y endurecidas por el sol”. El que las ve se encuentra con torres, montañas, colinas y cárcavas que terminan en valles aluviales. (Organización Colparques, s.f.).

Figura 2. Los Estoraques



Fuente: adaptado de *Área Natural Los Estoraques*, [Fotografía], por Giovanni Pulido, 2020, Parque Nacionales Naturales de Colombia (<https://www.parquesnacionales.gov.co/portal/es/parques-nacionales/area-natural-unica-los-estoraques/>)

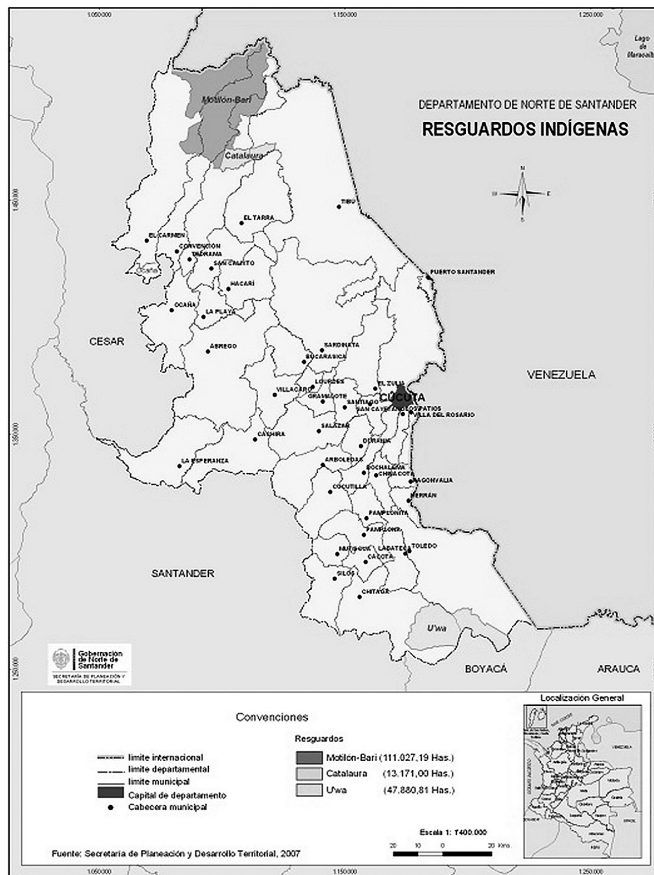
Conservar su arquitectura, tener en su territorio el Área Natural Única los Estoraques y contar con cierta sensación de seguridad, hace al municipio de La Playa el principal destino turístico de la región.

Los Barí

Anteriormente conocidos como los Motilones o Motilones Bravos, Lizarralde M, y Lizarralde R. (2018) dice que los Barí pertenecen a una etnia indígena de la familia lingüística Chibcha, con una población de más de 3.000 personas. Habitan las cuencas de los ríos Santa Ana y Catatumbo en tierras de bosque tropical que se extienden al suroeste del lago de Maracaibo en Venezuela y Colombia (p. 731).

En la región del Catatumbo los resguardos indígenas Barí comparten territorio con los municipios El Carmen, Teorama, Convención y Tibú.

Figura 3. Resguardos Indígenas en el Catatumbo



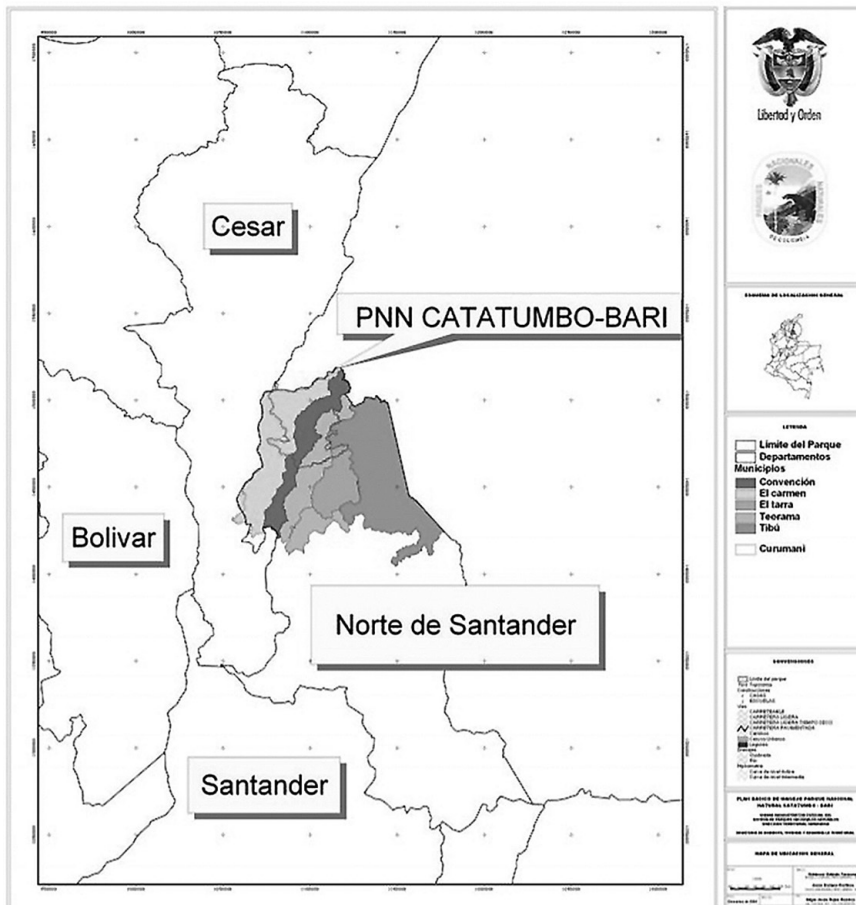
Fuente: adaptado de *Resguardos indígenas*, por Gobernación de Norte de Santander, s.f, (<http://www.nortedesantander.gov.co/Gobernaci%C3%B3n/Nuestro-Departamento/Mapas>).

Parque Nacional Natural Catatumbo Barí

El Parque Nacional Natural Catatumbo Barí fue creado para proteger un enclave de bosque húmedo tropical y los asentamientos de las comunidades indígenas barí (Gobernación de Norte de Santander, 2015).

El área comparte territorio con los municipios de Convención, El Carmen, Teorama, El tarra y Tibú (Municipios en los que se tienen los mayores cultivos de coca en la región). Su extensión es de 158.125 has (Parques Nacionales Naturales de Colombia, 2020).

Figura 4. Ubicación del Parque Nacional Natural Catatumbo Barí



Fuente: Adaptado de *Ubicación general del Parque Catatumbo Barí* (p. 45), por Parques Nacionales Naturales de Colombia, 2014, Plan de manejo Parque Nacional Natural Catatumbo Barí.

Oleoducto Caño Limón Coveñas

El oleoducto Caño Limón Coveñas es el encargado de transportar crudo desde el Campo Petrolero Caño Limón, Arauca, hasta la planta de Coveñas, Sucre. El trazado del oleoducto recorre los municipios de Tibú, Sardinata, El Tarra, Teorama, El Carmen y Convención, de la región del Catatumbo, al que los Grupos Armados Organizados al Margen de la Ley (GAOMIL) han realizado innumerables ataques a su infraestructura. Según un informe del año 2020 presentado a la CEV:

un total de 3.567 acciones armadas en contra de la infraestructura petrolera entre 1986 y 2015. El 77%, (es decir, 2.740), se registraron en cinco departamentos: 871 en Putumayo; 826 en Arauca; 663 en Norte de Santander; 226 en Nariño, y 154 en Santander (p. 35).

Minerales estratégicos para Colombia en el Catatumbo

El uranio fue establecido en la Resolución Número 180102 de enero de 2012 como uno de los 11 minerales estratégicos para el país. En cuanto a la región del Catatumbo, es relevante el interés extractivo de uranio en el municipio de Ábrego, sobre el cual se mantienen contratos de explotación con la Agencia Nacional de Hidrocarburos (Revista Dinero, 2013).

El Ministerio de Minas y Energía a través de la Resolución 180241 del 24 de febrero de 2012, declaró los municipios de Tibú, El Tarra, Teorama, Convención, El Carmen, El Tarra, San Calixto, como un área estratégica minera para los elementos determinados en la Resolución 180102 de 2012. Pero la Resolución 180241 del 24 de febrero de 2012 fue dejada sin valor y efectos por la Sentencia T-766 de 2015 de la Corte Constitucional. Para establecer las áreas estratégicas se necesitaba la consulta previa de los pueblos indígenas y la autorización de las entidades territoriales. En la última resolución emitida por el Ministerio de Minas y Energía los municipios del Catatumbo no fueron incluidos como áreas estratégicas mineras.

Conflicto armado en la región del Catatumbo

Esta región ha sido golpeada por los diferentes actores del conflicto armado colombiano. El ingreso de los GAOMIL ha sido de forma paulatina; el Ejército de Liberación Nacional (ELN) ingresa a finales de la década de los 70, el Ejército Popular de Liberación (EPL) a principios de la década de los 80, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) a mediados de la década de los 80

y las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) hacen presencia en la región del Catatumbo en los últimos años de la década de los 80⁴.

En la actualidad los GAOMIL, el ELN, el EPL y las FARC mantienen su presencia en la región, siendo la única del país en la cual se encuentra el último reducto del EPL. Luego de la desmovilización de este grupo en el año 1991, el frente Libardo Mora Toro, fue una disidencia de esa desmovilización y mantuvo su estructura militar en la región del Catatumbo. En la actualidad esta disidencia del EPL es reconocida por el gobierno nacional como una banda criminal llamada “Los Pelusos” y no como un grupo armado ilegal.

Con el Proceso de Paz con las FARC se logró la desmovilización de gran parte de la estructura armada de las FARC-EPL, sin embargo, pareciera que la historia de violencia se ensañara con esta región ya que a la fecha persisten las incursiones armadas por parte de las disidencias del frente 33 de las FARC.

El Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) (2016), registró desde el año 1965 al 2013, las siguientes incursiones guerrilleras en cabeceras municipales y centros poblados en Norte de Santander: 28 por las FARC, 4 por el ELN y 5 por el EPL (p. 44).

El panorama tan dinámico de la región del Catatumbo hizo que la revista Semana (2016), la definiera como

la zona más compleja y peligrosa del país. Una de las pocas en las que conviven las FARC, el ELN y el EPL, en donde la coca está disparada y en la que el Estado prácticamente no existe o no ha sido capaz de imponer su autoridad.

Sumado a los hechos violentos de los GAOMIL las fuerzas militares han contribuido con la grave crisis humanitaria de la región. En el año 2008, el país se enteró de lo que en su momento se denominó como falsos positivos. El Relator Especial de las Naciones Unidas sobre ejecuciones arbitrarias, Philip Alston (2009), lo registró como “miembros de las fuerzas militares hacían pasar por guerrilleros dados de baja en combate a civiles inocentes”.

El atractivo para los GAOMIL y las bandas criminales del Catatumbo se resumen en dos condiciones:

1. Ubicación geográfica. Al ser zona limítrofe con Venezuela.
2. Condiciones ambientales y del suelo que favorecen la producción de coca.

4 A finales de los años ochenta y principios de los noventa, dicha área fue disputada violentamente por los grupos paramilitares quienes no solamente pretendieron tener el dominio de los cultivos y rutas de la coca sino también expulsar a las guerrillas de la zona e implementar allí el cultivo extensivo de palma africana.

Las anteriores razones convierten a Norte de Santander en el segundo departamento con mayor densidad de cultivos de coca en Colombia, y es necesario aclarar que el cultivo de coca en Norte de Santander está concentrado en la región del Catatumbo.

Según la Oficina de las Naciones Unidas para la Droga y el Delito (UNODC) (2019), el área sembrada con coca tiende a reducir en Colombia, pero a concentrarse en los lugares en donde históricamente se tienen cultivos. En Norte de Santander es diferente, el área sembrada con coca sigue en aumento desde el año 2010 (p. 32).

Tabla 2. Cultivo de coca por departamento (hectárea), 2010-2018

Departamento	Dic. 2010	Dic. 2011	Dic. 2012	Dic. 2013	Dic. 2014	Dic. 2015	Dic. 2016	Dic. 2017	Dic. 2018	Cambio 2017 - 2018 (%)	Total 2018
Nariño	15.951	17.231	10.733	13.177	17.285	29.755	42.627	45.735	41.903	-8	25
Norte de Santander	1.889	3.490	4.515	6.345	6.944	11.527	24.831	28.244	33.598	19	20
Putumayo	4.785	9.952	6.148	7.667	13.609	20.068	25.162	29.589	26.408	-11	16
Cauca	5.908	6.066	4.327	3.326	6.389	8.660	12.595	15.960	17.117	7	10
Antioquia	5.350	3.105	2.725	991	2.293	2.402	8.855	13.681	13.403	-2	8
Caqueta	2.578	3.327	3.694	4.322	6.542	7.712	9.343	11.793	11.762	-0,3	7
Bolívar	3.324	2.207	1.968	925	1.565	1.043	4.094	6.179	8.614	39	5
Córdoba	3.889	1.088	1.046	439	560	1.363	2.668	4.780	4.636	-3	3
Guaviare	5.701	6.839	3.850	4.725	5.658	5.423	6.838	4.923	4.340	-12	2
Meta	3.008	3.039	2.699	2.898	5.042	5.002	5.464	5.577	2.945	-47	2
Chocó	3.158	2.511	3.429	1.661	1.741	1.489	1.803	2.611	2.155	-17	1
Valle del Cauca	665	901	482	398	561	690	752	1.261	1.271	1	0,00
Vichada	2.743	2.264	1.242	713	511	683	699	653	550	-16	0,30
Amazonas	338	122	98	110	173	111	167	166	122	-27	0,07
Vaupés	721	277	254	184	109	33	97	105	65	-38	0,04
Guainía	446	318	301	81	66	37	22	31	41	32	0,02
Cesar	0	0	12	13	10	33	26	24	31	29	0,02
Santander	673	595	110	77	25	21	37	30	21	-30	0,01
Boyacá	105	94	10	17	14	8	15	22	16	-27	0,01
Magdalena	121	46	37	37	9	7	35	8	12	50	0,01
Arauca	247	133	82	69	26	17	9	121	7	-94	0,00
La Guajira	134	16	10	6	0	0	0	2	2	0	0,00
Caldas	45	46	16	8	0	0	0	0	0	n.a.	0,00
Cundinamarca	32	18	0	0	0	0	0	0	0	n.a.	n.a.
Total	61.811	63.765	47.788	48.189	69.132	96.084	146.139	171.495	169.019	-1	
Total redondeado	62.000	64.000	48.000	48.000	69.000	96.000	146.000	171.000	169.000	-1	
Número de Departamentos afectados	23	23	23	23	21	21	21	22	22		

Fuente: tomado de *Monitoreo de territorios afectados por cultivos ilícitos 2018* (p. 32), por unodc, 2018.

Continuando con el informe de la UNODC (2019), a nivel municipal prevalece también la tendencia a la concentración. Se calcula que el 17 % de los municipios de Colombia registraron presencia por cultivos de coca, de los cuales los diez primeros (Tibú, Tumaco, Puerto Asís, El Tambo, Sardinata, El Charco, El Tarra, Orito, Tarazá y Barbacoas) sumaron el 44 % del total de cultivos de coca del país en 2018. El índice de Gini a nivel de municipios de la cantidad de cultivos de coca en 2018 fue de 0,872 (p. 35).

Tibú, Sardinata, y el Tarra hacen parte de los diez primeros municipios con coca en el país.

En conclusión, la región del Catatumbo es una región en guerra, las confrontaciones entre los actores armados del conflicto han generado innumerables hechos violentos: desplazamientos forzados masivos e individuales, homicidios de civiles, homicidios defensores de derechos humanos y homicidios líderes sociales, desapariciones forzadas, violencia sexual, secuestro, tortura, masacres, atentados contra el oleoducto y torres de energía, carros bomba, muertes, lesiones de civiles por minas antipersonas y hostigamiento a estaciones de policía que afectan a la población civil, generando una población que aprendió a vivir con la guerra, lo que se verá reflejado en los testimonios orales consignados en el segundo capítulo de este libro.

CATATUMBO: RECONSTRUYENDO NUESTRA HISTORIA ORAL

La memoria es la facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado (Real Academia Española, 2020). Es así como el recuerdo se genera de hechos o situaciones precisas. Se podría afirmar que solo ciertas circunstancias de la vida de las personas se recuerdan y esto se da por diversas razones.

La memoria oral es definida por Benadiba y Plotinsky (2001) como:

Un procedimiento establecido para la construcción de nuevas fuentes para la investigación histórica, con base en testimonios orales recogidos sistemáticamente bajo métodos, problemas y puntos de partida teóricos explícitos. Su análisis supone la existencia de un cuerpo teórico que se organiza a partir de la instrumentación de una metodología y un conjunto de técnicas específicas, entre las que ocupa un lugar fundamental la entrevista grabada (p. 21)

Aceves L. (1999) le otorga a la memoria oral un rango disciplinario afirmando que:

La historia oral ha pretendido aportar un más profundo conocimiento de los procesos sociohistóricos y culturales que son dignos de atención en los tiempos presentes. Pero lo ha hecho a partir de la necesidad de cuestionar y replantear críticamente la práctica misma del historiador y/o del investigador positivista más convencional. Para ello, debió tomar en consideración a los sujetos sociales antes "invisibles" para la historiografía convencional y dominante, desplegar nuevas miradas críticas sobre las fuentes de la historia oficial, y afrontar el desafío de construir sistemáticamente "nuevas fuentes" con base en la palabra, para la "versión propia" de los nuevos actores sociales. (p. 1)

La memoria oral recurre a la persona como fuente primaria de la historia, acude a quienes vivieron o conocieron la situación recordada, de esta manera, se desliga quienes pretenden darle mayor importancia a la historia escrita estudiada a través de diversas fuentes.

Ahora bien, en cuanto a la memoria histórica de la región del Catatumbo se puede afirmar que la misma ya está documentada a través de múltiples fuentes (informes de instituciones gubernamentales, organizaciones de Derechos Humanos, libros, sentencias de altos tribunales, artículos de revistas y prensa), los cuales solo hacen mención parcial de testimonios de las víctimas del conflicto armado para reforzar un hecho o una idea.

En indagaciones preliminares se pudo establecer que este tipo de investigaciones no se habían realizado en la región desde la academia. Es así como se hace evidente y necesario conocer la historia ya documentada a través de la voz de los que no habían sido escuchados: las víctimas de la violencia, y para esta investigación, las víctimas que estaban bajo el amparo académico de la universidad. Teniendo como valor agregado que la población universitaria en gran proporción es joven, lo que le entregó al proyecto un enfoque diferencial, el cual es la edad de las víctimas.

Todas estas circunstancias generaron la iniciativa de un grupo de investigadores de la Universidad Francisco de Paula Santander Ocaña de cumplir con el deber de memoria histórica establecido en el Artículo 143 de la ley 1448 de 2011 (ley de víctimas y restitución de tierras), dándole prevalencia a la garantía de los derechos de las víctimas ya que la ejecución de investigaciones de memoria oral inciden en la garantía del derecho a la reparación integral, bajo la medida de satisfacción, esta medida busca resarcir el dolor a través de la reconstrucción de la verdad, la difusión de la memoria histórica y la dignificación de las víctimas (Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, 2020).

En el desarrollo del proyecto muchos interrogantes surgieron, ¿cómo vivió el estudiante el hecho violento?, ¿ya superó el hecho violento?, ¿por qué lo recuerda?, ¿cómo afectó a su entorno familiar?, ¿todavía esperan algo?

Las anteriores preguntas solo tenían respuesta si se escuchaban a los testigos directos, los afectados por el conflicto colombiano, quienes por medio de una ley fueron reconocidos como víctimas. Es así como el objetivo principal de la investigación fue la reconstrucción de la memoria histórica del conflicto armado en la región del Catatumbo a través de la memoria oral de las víctimas estudiantes de la UFPSO. Para el cumplimiento del objetivo propuesto fue necesario identificar a los estudiantes víctimas del conflicto armado provenientes de la región objeto de estudio; esta labor se llevó a cabo a través de la socialización del proyecto en visitas realizadas a los salones de clase y enviando a los correos electrónicos institucionales,

píldoras informativas del proyecto e indicando la importancia de participar en los procesos de reconstrucción de memoria histórica.

En total se identificaron cuarenta estudiantes víctimas (de las píldoras informativas dos, y los treinta y ocho restantes fueron ubicados en las visitas a los salones y a través de redes de apoyo que los mismos estudiantes generaron). Con el total de cuarenta estudiantes se sostuvieron conversaciones, algunas personalmente y otras telefónicas, en las que se les entregó en detalle información del proyecto (objetivos, alcances, finalidad, etc.), y se les ofreció el consentimiento informado en el cual se dejaba constancia del anonimato de los testimonios. No se les recibió ni pidió testimonio en la primera conversación para garantizar la participación voluntaria en el proyecto. Veintiún estudiantes accedieron voluntariamente a ofrecer su testimonio oral fijando fecha para la entrevista privada.

Los testimonios fueron el resultado de una entrevista grabada que no tuvo preguntas estructuradas, desarrollada en el marco de una historia oral temática, la cual estaba diseñada para que se ofreciera la experiencia personal del conflicto armado. No se consideró otra variable de la vida de la víctima, el testimonio se centró en el hecho violento. Al inicio la única indicación del entrevistador fue la de realizar un recuento del hecho victimizante antes, durante y después del mismo, surgiendo preguntas específicas para cada testimonio, según la fluidez del mismo.

Estas entrevistas orales fueron transcritas, dándole una connotación diferente a los relatos recibidos. Este hecho ya fue advertido por Bermúdez y Rodríguez, (2009):

La transcripción termina reduciendo el contenido emocional del habla a la objetiva frialdad del texto o documento escrito. Todo ello conlleva en un mayor esfuerzo en el análisis e interpretación para evitar que se pierdan las funciones narrativas del testimonio oral, entre ellas la función emocional, la participación del narrador en el relato, el modo en que el relato afecta al narrador. El historiador se ve obligado a aportar detalles a la narración, indicar las pausas, describir el entorno, las cosas que pasan mientras se desarrolla para lograr hacer “historia-escrita-que-habla”. (p. 322)

Todas las anteriores variables fueron consideradas para garantizar que los testimonios ofrecieran al lector la misma intencionalidad de la persona que lo relató, en aras de no dejar pasar ningún detalle del testimonio.

A continuación, encontrarán los relatos de veintiuna víctimas de la violencia de la región del Catatumbo, quienes al momento de ofrecer el testimonio tenían la condición de ser estudiantes de la UFPSO.

La esperanza también se pierde

Lucía se levantó como de costumbre. El aire frío de las mañanas le rozaba las mejillas y el sonido de los pájaros amenizaba el ritmo en que salía el tímido sol. Esa mañana vivió su desayuno en brazos de mamá, esos brazos siempre cálidos que la hacían sentir segura y amada.

—¿Cuántos años tiene la niña? —le preguntaba la mamá siempre emocionada, a lo que Lucía respondía poniendo los cuatro dedos en frente y sonriendo efusivamente.

En la finca La Esperanza vivía Lucía con sus dos hermanos y sus padres. Don Manuel, su papá, un campesino puro del que brotaba una nobleza especial al hablar. Amante a sus cultivos. Un hombre trabajador y servicial. Era el héroe de Lucía, siempre lo veía tan grande y pensaba que no había nada imposible para su papá. Su madre, doña Gladis, tenía una voz muy bonita, a Lucía le parecía siempre que las canciones de mamá eran las mejores. La mujer tenía un grupo de niños a los que cuidaba y enseñaba. Era una madre comunitaria.

Esa mañana Lucía salió con papá rumbo a la huerta. A ella le gustaba el sonido de sus pasos sobre las hojas secas y el olor de las naranjas frescas del campo. Ninguna niña era más feliz. Su inocencia podía iluminar los momentos familiares más complejos.

“Mamá se fue al pueblo a una capacitación”, le decía don Manuel en el camino y Lucía se tranquilizaba. Sus hermanos que tenían 14 y 15 años estaban en la escuela esa mañana. Lucía soñaba con ir a la escuela, a veces jugaba a ser profesora y garabateaba en un cuaderno grande que le había regalado su mamá.

La mañana iba siendo menos fría y volvieron a casa. Los perros ladraban desesperados a lo lejos y esto para don Manuel no era un buen signo. La naturaleza propiamente sabe cuándo el horror se avecina. Sin embargo, don Manuel mantuvo la calma, imaginó que no sería nada grave. Los perros siempre son muy escandalosos, pensó.

Más de cuarenta hombres armados y con un gran trasteo esperaban en el patio de la casa. Lucía pudo ver la cara de su papá, jamás iba a olvidarla. Junto a la escena el amarillo de la mañana iba cambiando por un gris cada vez más oscuro. Lucía no entendía muy bien lo que estaba pasando. En el brazo izquierdo de estos hombres se podía leer en mayúsculas “AUC”. Don Manuel los increpó y con su voz desde lo profundo les dijo:

—Buenas, ¿qué están haciendo por acá? Esta finca es mía y vivo aquí con mi familia.

—Señor, por las buenas que usted sabe lo que puede pasar.

Don Manuel encerró a Lucía en el cuarto, pero ella miraba con curiosidad entre las hendijas de la ventana azul. No pudo escuchar más aquella conversación, solo supo que era algo serio.

Para cuando doña Gladis llegó, el patio usado para las clases de los niños estaba convertido en un campamento militar. Estos hombres, siempre armados, siempre insensibles, eran los amos del lugar.

—El que tiene las armas tiene el poder —le dijo uno a la mamá de Lucía.

Doña Gladis se aseguró de que sus hijos estuvieran bien, pero supo que ahora todos corrían peligro.

—Son las autodefensas, Manuel, son las autodefensas —dijo con contundencia, pero sin mucho volumen doña Gladis a su esposo.

Él no salía del asombro. Sintió una angustia que le impidió comer por unos días.

La familia quedó confinada en su casa. Cada cosa que se hacía debía tener autorización de estos hombres. Lucía, de a poco, iba a comprender quiénes eran los antagonistas de esta historia. Las mañanas tranquilas cambiaron y el ensordecedor ruido de las balas vino a vivir con ellos.

—Si denuncian los matamos —les repetían día con día.

Siempre alguien de la familia debía quedar en casa. Doña Gladis salía al pueblo diciendo que tenía capacitación o alguna otra actividad y regresaba trayendo alimento para los suyos. Tuvo que renunciar a su trabajo, no podía exponer a los niños a semejante situación. Don Manuel trataba de mantener sus cultivos y ser el más fuerte en medio de todo.

Una mañana, más fría de lo normal, los hombres obligaron a Lucía a bañarse. La llevaron del pelo y la sumergieron en un tanque de agua fría. Su mamá presenciando la escena solo lloraba impotente y supo que debía sacarla cuanto antes del lugar. De nuevo, una capacitación fue la excusa perfecta para llevar a Lucía al pueblo. La niña estaba presentando ataques de ansiedad desde ese episodio, la intranquilidad se había apoderado de ella. No era para menos, sus hermanos también eran víctimas de los juegos crueles de estos personajes. Las balas les pasaban muy cerca. Los juegos de la muerte eran el diario vivir de la familia. El terror se apoderó de la finca, la vereda y la región.

Lucía solo regresó en una oportunidad para vacaciones, y mientras recorría los polvorientos caminos, veía entre los dedos de su mamá (que trataba de impedir que mirara semejante tragedia), los cadáveres irreconocibles que ocupaban el trayecto.

Su finca, La Esperanza, dejó de ser un lugar de paz. Los padres de Lucía se separaron y con el tiempo, luego de la salida de los paramilitares, don Manuel tuvo que vender su desdibujada finca.

—Nos mataron en vida —replica Lucía, mientras cuenta su historia años después.

Testimonio 1, 2018

El último gol

El balón en el aire, Carlos de 18 años se levanta y la mata con el pecho, luego saca una derecha potentísima y manda el balón directamente al arco. El arquero no tuvo nada que hacer. Todos gritaron al unísono: ¡Gooooool! Andrés, su hermano menor, lo abrazó como si hubiesen ganado un mundial. De vuelta a casa iban reviviendo los goles y pateando ese viejo balón amarillo. Eran seis hermanos, casi un equipo de fútbol. Vivían con sus padres en una vereda en la parte alta del Catatumbo. Tenían la vida promedio de una familia campesina; sus gallinas, sus cerdos y la esperanza de salir adelante.

Era 25 diciembre de 2001. La familia estaba haciendo los preparativos de fin de año. Los niños se encontraban contentos por ese maravilloso milagro de compartir y descubrir sus regalos; sin embargo, los rumores que corren más rápido que el viento, llegaron a la casa de Carlos y Andrés. La felicidad se transformó en incertidumbre cuando les dijeron que las autodefensas habían entrado a la vereda y muchos otros lugares donde llegaron, saquearon y mataron a mucha gente.

La tía de los muchachos que vivía cerca decidió buscar refugio en casa de sus familiares (los padres de Andrés y Carlos). Tres días pasaron juntos. Los rumores siempre están cargados con algo de duda, y el 28 de diciembre, la tía decidió volver a casa con los suyos. Carlos se vistió de valentía y acompañó a sus familiares en el retorno. De camino lo que se temían ocurrió. Un buen número de hombres camuflados los detuvieron. Carlos y Raúl, el esposo de la tía, fueron retenidos sin mediar palabra por las autodefensas. Desde entonces no se supo del paradero de los dos. Andrés y su familia no salían del desconsuelo ante tal noticia, pero todavía no acababa la horrible noche. Andrés salió a la orilla del patio de su casa y lo aturdió el ruido de los pasos de un grupo de hombres, el sonido metálico de las armas sobre el camuflado y esa fuerte sensación de que se acerca el terror le hicieron entrar a la casa de inmediato y avisar a su familia. Todos salieron corriendo, apenas alcanzaron a sacar algo de ropa. Andrés tomó el último recuerdo de su hermano: el balón con el que jugaban.

Familias se agolparon en la escuela de la vereda, una tras otra. Ese lugar se convirtió en el punto de encuentro y de momentánea seguridad. El huracán de la guerra se llevó a su paso los enseres, los animales, la tranquilidad y a alguien que jamás volvió: Carlos.

Pasaron meses de silencio y cada día las preguntas acerca del paradero de Carlos se hacían más grandes. Un amigo tiempo después dio luces acerca de la situación: “Yo los vi pasar en una camioneta de los paras y los llevaban para la vereda Lejanías, allá acabó bastante gente”. La esperanza de volver a verlo con vida iba muriendo con el paso del tiempo. También dijo: “Yo vi cómo mataron a Raúl y lo enterraron bajo un cedro grande allá en la vereda”. La familia asistió para comprobar estas

palabras y efectivamente hallaron el cuerpo con signos de tortura. Sin embargo no perdían la esperanza de saber algo más acerca de Carlos.

Cada esfuerzo por saber de él se vio frustrado por el silencio. El gobierno, los paramilitares, la sociedad, nadie dijo nada de él. La familia jamás se repuso de la ausencia del muchacho de tan solo 18 años.

Los recuerdos de aquel diciembre son imborrables. Aún guardan el lugar de Carlos en la mesa, porque aquello que la guerra silenció no deja de sonar en los corazones de las víctimas.

Testimonio 2, 2018

Debajo de la cama

En las montañas del Catatumbo la brisa es fría pero el ambiente es caliente. Guardo en mi mente las cosas bonitas de mi infancia, los recuerdos del campo, pero también los avisos de guerra, el sonido de los helicópteros retumbando en el cielo que anunciaba que habría combate. En casa ya teníamos un lugar de refugio acordado, un lugar seguro que nos defendería —pensamos— de las balas. Todos crecimos sabiendo que al primer sonido de guerra debíamos meternos debajo de la cama. Como niños esto nos generaba cierta adrenalina. Los rostros de angustia de nuestros papás no hablaban de lo mismo. Dejaban ver el dolor por tener que crecer con sus hijos en estas circunstancias. Desde niña supe que no era normal, sin embargo, uno se obliga a asimilarlo, a asumirlo como parte de nuestra naturaleza, así como lo eran nuestras montañas. A veces cuando se acrecentaban los combates nos refugiábamos en la escuela. Ese lugar daba cierta paz, transmitía una seguridad auténtica.

En nuestra región los cultivos de coca eran lo más común. El sostenimiento de muchas familias se derivaba de la producción de este cultivo. La única forma en que se manifestaba el Estado era en la erradicación o fumigación. Avionetas cargadas de veneno se movían de un lado a otro en el cielo intentando exterminar la coca. Esa hostilidad del ambiente nos invitaba a salir, no es precisamente donde uno quiera crecer: bombardeos, cultivos ilícitos, guerra en general. Las oportunidades de educación son muy bajas y afortunadamente logramos salir sin amenazas, sin presiones.

Sé de las dificultades que sufren muchos niños en el Catatumbo, la falta de oportunidades y la desidia del Estado hacen que las brechas de desigualdad sean altísimas. Nadie debería crecer en medio de tanto conflicto, nadie merece meterse debajo de la cama para protegerse de las balas.

Testimonio 3, 2018

Libertad bajo amenaza

La violencia ha permeado todas las esferas de la sociedad. Recuerdo que apenas tenía 5 años cuando unos sujetos que no sabría identificar llegaron a mi casa y le dijeron a mi papá que nos teníamos que ir, que si no salíamos iban a matar a mi mamá o me iban a matar a mí. Salimos sin más. Uno no cuestiona las amenazas, por lo regular las agradece. En el Catatumbo nos hemos acostumbrado a sobrevivir, no a vivir con tranquilidad. Nuestra historia está atravesada por el conflicto, la historia de todos los catatumberos.

Llegar a un pueblo, dejar lo propio y comenzar de cero se volvió nuestra difícil realidad. Mi madre vivió la violencia de manera más cruda, ella experimentó el secuestro y el asesinato de uno de sus hermanos. Había una constante que aún se mantiene: el reclutamiento de menores por parte de grupos armados. Los endulzaban con plata y con poder. Tuve que ver muchos de mis amigos morir a causa de la guerra, jóvenes que eligieron ese camino equivocadamente.

Crecí y descubrí que los insurgentes lo controlaban todo; la forma de vivir, de vestir, las horas de salida, el corte de cabello, el uso de aretes. Todo. El poder de la guerra llegó también para imponernos sus ideas por ridículas que fueran. Las escuelas se cerraban al ritmo que ellos dijeran. Las clases eran intermitentes y la ya aminorada calidad de la educación se veía afectada por la imposición de cierres de estos sujetos. A pesar de esa realidad compleja la educación se muestra como el único atisbo de esperanza.

Mi historia es la historia de una mamá que quería que estudiara, que saliera adelante, que no fuera presa de los insurgentes, del ritmo de vida del Catatumbo. De esa idea absurda de que tener una Toyota y andar con mujeres te hace mejor que los demás.

Siempre he sido amante de lo alternativo, desde muy niño he sentido una especial afinidad por la música diferente. He sido defensor del libre desarrollo de la personalidad, me gusta vestirme de negro y lucir mis piercing. Esta cultura choca completamente con la imposición de los grupos armados. Si lo ven con un arete se lo pueden quitar a la fuerza. Cuando voy al pueblo me cubro, uso gorra, trato de no incomodar ni llamar la atención porque ya me han amenazado. Las libertades individuales allá son insipientes.

Nadie quiere vivir los desmanes de la violencia, ser víctima y superar esa condición no es sencillo. Vivir bajo la autoridad de personas que se consideran superiores por el simple hecho de portar un arma no se puede normalizar. El despotismo reduce a la población, impone una sola verdad y obliga al silencio. La condena que cargamos los catatumberos es la de salir porque adentro no hay futuro, porque en lo profundo sabemos que aunque el corazón quiera quedarse, la realidad te obliga a marcharte.

Tormenta después de la lluvia

Los días lindos sí existen, incluso si el cielo anuncia un gran aguacero. Recuerdo que ese día debí tomar la segunda ruta escolar que tardaba un poco más y me dejaba más lejos de casa, pero, ¿quién quiere perderse un rato de amigos bajo la lluvia? Nadie. A mis 12 años la lluvia, el lodo, los amigos, eran el éxtasis pleno de vida y así lo sentí. Ese día llegué a casa empapada y enlodada. Mi mamá al verme con el uniforme totalmente embarrado y con una inexistente pulcritud en lo que fueron mis blancos zapatos, hizo su mejor intento de regaño pero falló. La vida nos unía en risas y su regaño se convirtió en carcajadas por mi apariencia sucia. La felicidad es limpia y quita cualquier mal genio. Mi hermano y mi tío testigos de la escena que les cuento solo dieron su sonrisa cómplice. Ellos estaban en casa esperando que escampara para irse a trabajar la tierra. La lluvia cesó y salieron. Yo cambié mi ropa y tomé mi almuerzo.

Los días lindos sí se arruinan, y de paso la vida.

A casa llegó mi primo, venía acompañado de Álvaro, miembro de una guerrilla. A mis 12 años solo podía identificar que se trataba de un extraño. No sé exactamente a qué bando pertenecía. Él, Álvaro, podía ingresar a las casas que quisiera, porque sí, porque las armas y la violencia le dieron ese poder. Esa era la primera vez que llegaba a nuestra casa. Yo solo enmudecí. Supe que era un foráneo, supe que no era de confiar así que corrí a mi cuarto. Me encerré. El día trató de seguir normal. En ese intento de querer parecer que todo va bien mi primo salió al arado a buscar a mi tío y mi hermano. Mi mamá cruzó a la casa vecina donde era la responsable del aseo a cumplir su labor. Entonces, él estaba allí parado al lado de mi closet. Pone sus manos en mi cara, me besa, quita mi ropa. Yo estoy inmóvil, en un estado de pánico que ni siquiera me deja gritar. Quiero hacerlo, quiero gritar. No puedo. La agonía de esos minutos eternos me consume. Así debe sentirse morir. La frágil fuerza de una niña de 12 años había sucumbido ante la bestialidad de Álvaro. La vida, entonces, había dejado de ser vida. Alguien grita por mí minutos después, es mi mamá. Su grito me hace consiente de lo que está pasando. “¡Estás violando la niña!”. Rompo en llanto inconsolable. Mi tío, mi hermano y mi primo llegan. El grito de mi mamá los hizo volver. No hay esperanza en la escena. El hombre ante el reclamo de los presentes lanza una frase que hasta el día de hoy retumba en mí: **Eso es lo que ella necesitaba.** Ese miserable poder que le da tener armas obliga a sacar a este hombre de la casa sin un solo reclamo, sin un grito, sin un porqué.

Así comenzó mi calvario. Asumí que habría denuncia, que buscaríamos ayuda, pero no, el miedo a la represalias no lo permitieron. La violencia no da chance a reclamos, no hay camino seguro a la justicia, la alternativa de supervivencia es callar y fingir que nada pasó. Sin embargo, el dolor no me lo permitía, desde entonces las noches son sombras de dolor para mí, siento presión en mi cuerpo, quiero gritar, quiero borrar lo sucedido, pero no se puede.

No fui a clase por unos días. El dolor se llevaba todas mis fuerzas. Ante mi ausencia la profesora decidió visitarme. Y otra vez callamos, otra vez mentimos, otra vez fingimos que no pasó nada. Con mi mamá planeamos decir que eran dolencias normales, que ya volvería a la escuela. Algunos miembros de la familia se enteraron y con la crudeza que la guerra nos siembra dijeron: ella se lo buscó. Una niña de 12 años no necesita que le arruinen su inocencia y nadie busca o merece un abuso. Estos juicios estremecen el corazón y solo hacen más grande el dolor del abuso. Me hacen daño, me paralizan. No me dejaron tener adolescencia tranquila. Y a mi mamá la llenan de culpa. En medio de su dolor me dijo que la vida sigue, que esto es muy duro, pero hay que avanzar. Tenía solo 12 años pero lo entendí. Y esa frase se convierte en la única verdad que me sostiene.

Hacer que los días vuelvan a ser lindos no es fácil. Regresé a la escuela y me encontré con una coincidencia un poco incómoda. Ese día la orientación escolar trataría el tema del abuso sexual. No lo soporté. De nuevo el llanto me robó la poca calma que tenía. Solo quería irme. Mi hermano va a buscarme y en su intento de ayudarme me invita a una vuelta al parque del pueblo. Realmente nada me motivaba. Regresamos a casa, cambié de habitación, pero el recuerdo estaba en mi mente y el dolor en mi alma. Mi papá que vivía lejos de casa se enteró de lo sucedido, sintió rabia hacia el abusador, sintió rabia conmigo por no contarle, pero ya no había nada que hacer. Y la vida sigue. Me gradué de bachiller, sin las historias de amor adolescente, con el peso de hacerme mujer a la fuerza, sin la adrenalina del amor escondido, sin ser capaz de relacionarme cómodamente con las personas. Era mi miedo y contrario a lo normal de la edad, yo evitaba estas situaciones. Sigo en mi intento de hacer los días mejores, lucho a diario con mi miedo de hablar en público, intento creer en el amor, intento confiar en caricias sinceras. Hoy solo quiero que mi historia no se repita, que el miedo no impida la denuncia, que haya caminos de ayuda a las víctimas y a las familias. Creo que los días lindos no se deben arruinar y si esto pasa, quiero hacer parte de esa fuerza que ayuda a colorear de nuevo los días a las víctimas que dicen que está bien gritar por ayuda, que el miedo no es la solución.

Testimonio 5, 2018

Correr por las balas

El conflicto explotó como una bomba, de la nada, impredecible e inmisericorde. Explotó porque sí y porque ya. Sin motivos. Los niños no alcanzamos a entender eso. Un día estamos jugando fútbol en una vieja cancha de la vereda y al otro día ya estamos escondiéndonos de las balas.

Recuerdo que producto de tanta hostilidad mataron a un tío. Este golpe dejó sin fuerzas a nuestra familia.

Las historias de la violencia son tantas y tan crueles que a veces contarlas es incómodo. Uno quisiera que hicieran parte de la ficción. Mamá cuenta que era normal que ingresaran a la iglesia, tomaran a una persona y la acribillaran en el parque. Que usaran a las personas como trofeo de guerra y obligaran cobardemente a la gente a observar estas escenas.

Tengo muy claro que fue un combate entre la guerrilla y el ejército lo que dividió la historia familiar. El pánico de las balas cruzándose imparables hizo que mi mamá nos tomara a mí y a mi hermano y decidiera que caminaríamos 5 horas hasta llegar al pueblo. Vi a mi mamá presa de la angustia por la guerra, sumida por un dolor incontenible e impotente ante un hecho que nos supera: la guerra nos despidió de casa.

Llegamos a la ciudad y los cambios, nunca fáciles, proponían nuevas realidades para todos. Mi mamá dejó su trabajo como docente y ese abandono suponía la ruptura de la economía de casa. El Estado jamás se inmutó ante nuestra dificultad. Nunca nos ayudaron. El reconocimiento como desplazados jamás hizo mérito a una reparación económica.

La familia y la vida se encargaron propiamente de ayudarnos a superar el desdén. Aún recuerdo con nostalgia los días del campo, mis amigos, los juegos, el ambiente. Todo cambió muy rápido. Solo espero que estas historias sean cosa del pasado. Los niños solo merecen correr por los juegos y no por las balas.

Testimonio 6, 2018

El viajero del conocimiento

Pasaron las horas en que se planeaba que llegara mi papá, pero no llegó. Esperamos al otro día. Tampoco llegó. Nuestras alarmas se encendieron; algo malo estaba pasando. Nos temíamos lo peor. 20 días transcurrieron en esa amarga situación, en ese silencio prolongado. La presión mental de querer saber dónde está alguien que amas es muy fuerte, y lo es más si sabes que esa persona fue camino al Catatumbo.

Mi papá salió ese día con normalidad, tomó sus libros, unas cuantas enciclopedias y las metió en un bolso. Se despidió y se fue a ofrecer los libros a varios municipios del Catatumbo. En 1999 los libros tenían una trascendencia superior. Eran la única fuente fidedigna de información. Mi papá era un viajero del conocimiento, llevaba en su bolso aquello que el internet llevaría muchos años después a la región: información académica. Su trabajo era valioso y lo ejercía de manera ejemplar. Sabía que era una zona complicada, por eso no se arriesgó a entrar solo, lo hizo con un amigo.

Su trabajo le fue generando confianza y se dio a conocer con algunas personas. ¿Qué malo le puede pasar a alguien que va a ofrecer libros? Era un trabajo digno y mi papá nunca tuvo otro vínculo laboral o económico con la región. El sano ejercicio de transportar luz en medio de la oscuridad de la violencia. No obstante, el toque de la guerra también escribiría una página en el libro de vida de mi papá. Fue retenido sin justificación, amordazado, maltratado verbal y físicamente. 20 días son una eternidad para una familia que espera a uno de sus miembros. 20 días se hacen infinitos para alguien en medio de la selva con sus verdugos.

A mi papá le pidieron una suma de 25 millones de pesos, 25 millones de pesos en 1999. Una cifra muy alta. Mientras nosotros no nos enterábamos en casa, a mi papá lo estaban extorsionando de la manera más vil. El secuestro es una muerte a gotas para una familia. Cada día el dolor aumenta y las esperanzas se reducen. Sinceramente llegamos a pensar que a mi papá lo habían matado.

El trato cruel que le dieron a mi papá durante sus días en las montañas solo quedó al descubierto tiempo después a través de su testimonio. Estuvo a punto de morir en varias oportunidades. Llegaron a decirle que si había un combate el primero en morir era él.

Los secuestradores lograron su cometido. Mi papá acudió a una entidad bancaria a retirar el dinero, sus ahorros de mucho tiempo. También entregó el efectivo que portaba. Todo con el objetivo de acoplarse a la cifra estimada de los guerrilleros.

En casa solo las oraciones nos sostenían. El sufrimiento de mi papá terminó al entregar el dinero. Lo liberaron. Y sus libros jamás volvieron al Catatumbo.

La cruel espera se terminó cuando papá tocó la puerta. Era como nacer de nuevo. La felicidad fue fascinante. La economía familiar se fue a pique. Al perder los ahorros y el trabajo de mi papá sostenernos llevó serias dificultades. Nada que una madre no sepa llevar. Lo importante era estar juntos.

Nadie merece experimentar la agonía del secuestro. Cada tic-toc del reloj te duele en el alma. No sabes cómo, cuándo y dónde se perdió tu familiar. No hubo denuncia de momento, el miedo pudo más que la justicia. Años después mi papá lucha para que se le reconozca como víctima. El daño moral a un secuestrado es terrible.

La vida es una, y tan profunda, que lo económico se relativiza al lado de ese toque a la puerta de papá después de 20 días. Sin embargo las secuelas de lo que pasó son la marca indeleble de que la violencia toca incluso a aquellos que combaten la ignorancia con libros.

Testimonio 7, 2018

El peso del amor

No podría asumir que mi papá y mi mamá se separaron, pues realmente nunca tuvieron una convivencia o la firme decisión de conformar un hogar. Así que en esos amparos que la vida nos ofrece vienen las abuelas punteando, y fue mi abuela paterna la que se encargó de mi crianza. Mi mamá una mujer joven, trabajadora, no le quedaba más remedio que laborar en los quehaceres de casas y fincas. Con eso sustentaba a mi hermano que vivía con ella y me enviaba un poco a mí.

Todo pueblo tiene un salvador y el Don Salvador de nuestro municipio tenía un caserío (un conglomerado de viviendas, en promedio 12, usualmente sobre una vía veredal). Era el amo y señor en esas tierras. Allí el dominio militar era de Megateo. Los hombres que cultivaban en la zona venían a comer y a dormir en casas de Don Salvador. Entonces se requería de mujeres que cocinaran y atendieran. La paga era buena, lo suficiente para que mi mamá no dudara en dejar a mi hermano en casa con mi abuela y fuera a internarse en ese caserío. Con suerte podría ir a vernos cada 15 días, pero sagradamente cada 8 días llegaba a casa de mi abuela un sobre envuelto en una bolsa de plástico. Adentro, billetes en su mayoría de \$10.000 enrollados.

Un par de motos llegan a la puerta de la casa del pueblo en la que vivía con mi abuela y mi hermano. Un joven de un acento más bien costeño que de la zona le dice a mi abuela:

—Que saques a los pelaos de acá, que tu hija está en problemas con el dueño del caserío, que te los lleves de acá pa evitar problemas.

Mi abuela no puedo ocultar el susto. Nos entraron a la casa, nos encerraron y pasamos tres días en casa con todas las puertas y ventanas cerrada hasta que mi mamá llegó. Traía cara de miedo, solo lloraba. Nos contó que la amarraron y la encerraron. Buscaban al dueño y harían lo que fuera por encontrarlo, incluso quemarle su caserío. Pasados tres días liberaron a algunos trabajadores, entre ellos mi mamá.

Mi mamá que ya creía estar a salvo porque esa pelea no era de ella, traía el peso del amor convertido en amenaza. En sus días en el caserío tuvo amores con un hombre que resultó siendo el esposo de una “cobradora de la Guerrilla”. Una mujer bastante ruda que conducía una moto grande, en la cual llegó a casa y, con arma de fuego en mano, nos amenazó y nos hizo saber que ella tenía más poder que nosotros, que mi mamá era una simple trabajadora, pero que ella era guerrillera y eso era un poder paralizante. Obviamente tras frecuentes amenazas y rondas de esta mujer por nuestra casa, mi mamá cortó toda relación con ese señor. Después de esconderse por más de seis meses regresó al pueblo a seguir tratando de hacer vida. Temía hasta para declararse víctima. Un día se armó de valor y lo hizo. Comenzó a

recibir ayudas, comenzó a trabajar y todo fue tomando forma. Ahora tiene su casa y trata de tener un amor legal en su vida. Yo sigo con mi abuela, también he recibido ayudas del Estado, y ahora solo quiero que las abuelas sean eternas.

Testimonio 8, 2018

Hasta siempre, Papá

Desdoblé el periódico ya arrugado por el tiempo. Está guardado en el mismo sitio desde ese día. Todavía tengo grabada en mi mente la sensación que me dio leerlo por primera vez; la boca seca y la insuficiencia del aire mientras me decía a mí mismo repetidamente, “mataron a mi papá, de verdad mataron a mi papá”. Repaso las letras, una a una, pienso en las manos de quien escribió la nota periodística con tanta frialdad. Las manos que registran sistemáticamente los asesinatos en este país. Mi papá, una víctima más, un número. Al lado del periódico hay una fotografía familiar, ya amarilla por el paso del tiempo. De derecha a izquierda: mi abuelo, con camisa azul y pantalón de tela, mi abuela con un vestido de flores, mis tres tías, mi hermano en brazos de mi papá y yo parado a su lado con una camisa azul clara y unos pantalones cortos color café.

Dicen que todo tiempo pasado fue mejor. Creo que esos años en la finca de mi abuelo sí fueron los mejores. Nos levantábamos muy temprano para ir al colegio. El olor entrañable del campo y esa vida sencillamente feliz lograba hacerme sentir pleno. Para mí el mundo entero cabía en la finca de mi abuelo, era inmensa. Recuerdo esos años desde la nostalgia porque lo que uno ama de niño no puede ser modificado por el tiempo ni por el dolor.

Mi abuela nos adoptó producto de la separación de mis papás. Ellos eran muy jóvenes. Jorge Enrique, mi papá, nos enseñó a amar y a respetar a mi abuela. En la finca solo se respiraba felicidad, se probaban los mejores sancochos y se daban los mejores abrazos. No sé cómo ni cuándo estalló la guerra, de eso poco podría saber el niño de pantalones cafés, pero tengo en mi mente los sonidos de las balas que golpeaban las paredes y hacían chispotear el barro. Recuerdo con claridad un momento particular en que tuvimos que cubrirnos con mi familia, resguardarnos en la parte trasera de la casa, contiguo al patio inmenso donde se extendía el café.

Las balas trajeron la incertidumbre y el dolor, y esto los primeros cambios en mi vida. En 2002 salimos de la finca de mis abuelos para nunca regresar. El verde de las montañas lo cambiamos por el gris asfalto. Quedarnos era una amenaza. Familias enteras fueron asesinadas por quienes estaban incursionando en nuestro territorio: los paramilitares. El horror nos obligó a dejarlo todo. De nuestra finca solo quedaron las fotos, porque mi abuelo la tuvo que vender a un precio irracional.

Llegamos a la ciudad y el ritmo de vida nos obligó a nuevas realidades. Mi abuelo tuvo que trabajar en fincas cercanas con tal de llevar sustento a casa. Mi papá hizo a un lado el machete y el azadón y tuvo que trabajar como carpintero, como artesano o en cualquier otra actividad diferente a las que estaba acostumbrado.

A veces no se alcanza a huir lo suficiente como para que la violencia no te toque. Correr para conservar la vida es en ocasiones perder el corazón. En 2003 mi papá viajó a Cúcuta emocionado porque tenía una oferta laboral. Él comenzó a trabajar con un amigo y nos llamaba para saber cómo estábamos. Recuerdo que todos los días preguntaba que cuándo venía. Él nos visitaba con cierta frecuencia. Mi papá siempre fue un héroe para mí. En uno de sus viajes me regaló un pequeño *Mickey Mouse*, era mi conexión con él cuando no estaba.

Ese día salí para el colegio con normalidad, mi abuela me despidió con un beso en la frente. La vida se repone de lo material, es un hecho, aunque extrañaba la finca no dejaba de pensar en que lo importante era tener a mi familia completa. Sin embargo, al llegar del colegio encontré un tumulto de gente en mi casa. Veía cierto desespero en los rostros. Busqué rápidamente a mi abuela, la encontré paralizada y sin poder hablarme. Mi tío me toma del hombro y me lleva al cuarto para soltarme la siguiente frase: “Hijo, a su papá lo mataron”. Un frío que no he vuelto a experimentar me tomó la vida. La noticia me llegó a lo más profundo y me quebró el corazón. Lloré en un sofá ese día hasta que el sueño le ganó a las lágrimas.

No había nadie que pudiera devolvernos a mi papá. Ahora engrosaba la lista de víctimas de esta absurda guerra. Mi abuela quedó sumida en un sufrimiento del que es imposible recuperarse, y solo la resignación y el amor por sus nietos ha podido más que la ausencia de su hijo. No hay diciembre en que no se le extrañe, no hay espacio de la casa que no lleve su huella.

Las autodefensas aceptaron haberlo asesinado por no pagar una vacuna. Esa cuota inmisericorde nos dañó la vida familiar. Me gradué del bachillerato y papá no estuvo para contarle que mi ICFES me abriría las puertas en cualquier universidad, pero que he decidido quedarme con mi abuela y estudiar acá, por mí, por ella y también un poco por él.

Recordamos para no repetir.

Vuelvo a doblar el periódico y guardo la fotografía familiar en el mismo lugar. Aún llevo conmigo el *Mickey Mouse* que me regaló. La guerra no nos pudo quitarnos lo abrazado.

Testimonio 9, 2018

La horrible noche

Para un niño los helicópteros no son elementos de guerra, son grandes pájaros que cautivan el cielo y nos invitan a soñar, a volar. Así los veía yo, cada que pasaban celebraba el ejercicio de salir a la esquina de mi casa y gritar eufóricamente:

—¡Helicópterooo!

Pensaba que me podían escuchar. Me emocionaba muchísimo. Recuerdo que pasaban insistentemente y su tránsito estaba a veces precedido por malas noticias. Combates, muerte, desolación, guerra. En casa vivimos el desplazamiento y fuimos testigos del gran número de familias destruidas a causa de la guerra. A veces, con cierta crueldad, se dice que todo hacía parte de la normalidad del Catatumbo. Tal vez nosotros normalizamos buena parte de la guerra, pero cada que despierto a los relatos de mi infancia me doy cuenta del nivel de afectación psicológica que producen las balas.

Hay un hecho puntual que marcó mi vida siendo muy niña. Ese día nos habíamos acostado temprano. Como de costumbre, a mis papás no les gustaba que nos acostáramos a deshora. Cerca de mi casa vivían unos familiares: Carlos y María, con sus dos hijos, Adrián, de 8 años y la pequeña Juliana de 3. Iba a ser una noche tranquila, una noche común. Mi mamá nos dio la bendición. Hice la oración que aprendí de niña con mi hermana y me dejé llevar en los brazos del sueño.

3:00 de la mañana. Un estruendo nos levantó a todos de inmediato. La casa vibró y las balas que procedieron al impacto nos generaron aún más pánico.

La vida es frágil y ante el temor solo supimos llorar. Abrazamos sin más remedio a nuestros papás. Ellos también estaban presos del miedo. Solo el llanto sustituyó el sonido de las balas. Momentos después la consternación fue mayor cuando mi papá salió a la puerta y nos dimos cuenta que habían lanzado un cilindro bomba a la casa de nuestros familiares.

Solo Adrián sobrevivió al fragor de la guerra. Recuerdo con claridad la casa vuelta pedazos y los gritos de la comunidad ante tal monstruosidad. Fue una tragedia de orden nacional. La guerra visibilizó el dolor familiar. La mañana fue aclarando y la luz mostró los escombros. Todo intento de auxilio había sido infructuoso.

Adrián salió de nuestro pueblo, aún era un niño para entender todo lo que había destruido la explosión. Ese cilindro dirigido a la policía que terminó súbitamente en su casa solo dejó retazos familiares. Hay cosas de las que alguien que sufrió la violencia no se repone. Las carencias personales son irreparables.

En el Catatumbo nos acostumbramos a crudos relatos de la violencia. Crecimos en ese ambiente de hostilidad, de tensa calma. Recuerdo que estando a puertas

de graduarme como bachiller, en plena fiesta de despedida de las actividades académicas, se encendió un enfrentamiento entre la guerrilla y el ejército. Detuvimos la música y todos nos lanzamos al suelo. Esta actividad, la de lanzarnos al suelo, era casi un impulso instintivo. La naturaleza de la violencia nos había enseñado a reaccionar frente al horror. Lo que hace un momento era risa y felicidad en el colegio, se transformó rápidamente en miedo. Suspendidos entre las balas solo atinábamos a tomarnos de las manos y rezar. La fe, hay que decirlo, ha sido el único recurso generador de esperanza para quienes hemos vivido la violencia desde adentro. Ese día, en uno de esos silencios tenebrosos que dan los tiroteos, alcanzamos a salir todos los estudiantes y a dispersarnos cada uno hacia su casa. No hubo fiesta, solo miedo.

No es fácil reconstruir el tejido social. Contar nuestras historias hará que reparemos un poco lo que fuimos y lo que podemos ser.

Testimonio 10, 2018

El dolor después del amor

Dicen que en el amor y en la guerra todo se vale, y que para el amor no hay nada imposible. Yo creo que estas frases están atravesadas por un apasionamiento que a veces es dañino. En mi pueblo todos sabíamos quién era la autoridad y cualquiera que retara en lo más mínimo ese poder era declarado objetivo militar. El carácter de nosotros, quienes crecimos en el Catatumbo, tiene que ver muchas veces con lo que vimos desde niños. El despotismo de las armas apagó muchas voces y la obediencia ciega era un imperativo.

La guerrilla controlaba todo: la hora de salida y entrada, el comercio, los lugares de entretenimiento, los resultados electorales y hasta el amor. Sí, el amor. La crudeza de la guerra nos marcó la personalidad. Recuerdo que mi hermano mayor trabajaba como docente y los guerrilleros presionaban a los profesores para que estos promovieran a sus parejas por encima de las inasistencias o del pobre rendimiento académico. En una oportunidad uno de estos guerrilleros intentó intimidarme, sacó su arma y yo reaccioné de manera violenta. Por dentro tenía esa rebeldía que provoca la presión y la injusticia. Golpeé al guerrillero y le quité el arma, me fui diciéndole que no la devolvería. Fue un hecho aislado pero me costó demasiado. Fue cuestión de horas para tenerlos en la puerta de mi casa reclamando por lo sucedido y cuestión de días para que estuviera fuera de mi pueblo. Me dijeron que debía salir, que preferían no verme más a tener que matarme. Por lo general uno hasta agradece esto.

Nuestros padres murieron cuando estábamos pequeños y este grupo de muchachos (mis hermanos y yo) quedamos a la intemperie de la vida. Uno se repone de la muerte natural con cierta resignación, con la esperanza de lo eterno, pero la muerte de mi hermano es algo que nos tocó profundamente. Recuerdo que él estaba muy feliz con su novia. Él trabajaba y diseñaba un futuro al lado de ella; sin embargo, alguien más soñaba con esta misma mujer. Esa persona, ante la imposibilidad de hacerse con el amor de esta joven decidió dar mala información acerca de mi hermano, dijo que era un comandante de un grupo guerrillero y alias “El Iguano” decidió matarlo. Fueron momentos de mucho dolor. Un hombre trabajador asesinado por información falsa y por la escena de celos de alguien más.

Tiempo después los victimarios de mi hermano ofrecieron disculpas en mi casa, se dieron cuenta que habían cometido un error, que ellos mismos habían sido engañados por los celos de ese señor. No hay disculpa que devuelva una vida, pero el honor, ese sentimiento profundo de saber que mi hermano era una persona buena y no tenía nada que ver con la guerrilla, fue restaurado socialmente. La vida se ha encargado de enseñarnos que estas pérdidas no son reparables, que no hay familia que se pueda reponer a la ausencia de familiares y menos bajo motivos tan

absurdos como un ataque de celos. La mejor manera de recordar a mi hermano es que ese tipo de historias no se repitan jamás, que la guerra no dañe vidas, que la guerra no dañe amores.

Testimonio 11, 2018

El terror tocó a la puerta

El terror tocó a la puerta. Mi mamá salió. Eran unos hombres armados buscando a mi papá. Imagino los momentos de dolor, de angustia. Papá a penas se pudo sostener cuando le propinaron una serie de disparos en el pecho, luego se desplomó y su vida se fue apagando. Mi mamá, que presencié la terrible escena, también estuvo a punto de ser impactada por las balas. Solo unas palabras de falsa misericordia lo impidieron:

—Ella no tiene nada que ver —Estas palabras detuvieron las ansias de sangre de los asesinos. Apenas había llegado a este mundo, no tengo recuerdo alguno de esos momentos, pero ese relato me conmueve, me hace pensar en lo terrible que es la violencia.

Dicen que mi papá cometió un error en su trabajo. La gente comúnmente asocia la muerte con la equivocación humana tratando de justificar las cosas. El único error de mi papá fue vivir en una zona de conflicto, ese error al que la naturaleza nos obligó.

Lo recordamos como un padre amoroso y sonriente. Los relatos de mi mamá son muy bonitos. La guerra nos tocó adentro de la casa y eso es difícil de borrar. Su legado, el de un hombre trabajador y entregado a la familia permanece en nosotros.

Nuestra familia salió adelante producto de una madre valiente que se sobrepuso a las circunstancias, que no se conformó a esa dura realidad, sino que fue resiliente. La vida a veces presenta situaciones incomprensibles, circunstancias que nos dejan un profundo sabor a injusticia en la boca. La pérdida de mi papá nos marcó a todos, pero nos hizo conscientes de una necesidad apremiante: hay que repudiar estos actos hasta que nadie nunca tenga que pasar por lo mismo. La vida hace tránsito a la normalidad pero la violencia jamás será normal.

Testimonio 12, 2018

Volver

Uno siempre vuelve a los viejos sitios donde amó la vida, dicen. Esa es nuestra historia, la de intentar volver y recomponer lo que una vez la violencia nos quitó. Esa mañana como de costumbre nos habíamos levantado con el ruido de las gallinas y de las vacas. La vida promedio de un campesino son sus animales, sus cultivos, la oportunidad de salir un domingo al pueblo a vender sus productos y llegar con algo nuevo a casa.

Éramos 7 hermanos, cada uno con una personalidad particular. Recuerdo la finca como el lugar perfecto de juegos y travesuras, un espacio diseñado para que los niños creyéramos sin miedo, sin aparentes peligros.

Luego de bañarnos en fila salimos con mis hermanos a mirar los animales. El bullicio de que algo no andaba bien nos alarmó. Un grupo de hombres armados llegó a la finca. Inspiraban un respeto particular, un respeto no adquirido por su honorabilidad sino por la crueldad y el despotismo del que andaban vestidos. No recuerdo el diálogo con mi familia, era un niño, pero guardo en mi mente los rostros de las personas que llevaban amarradas. Cargaban con la condena de saber que esos serían los últimos momentos de su vida.

Huimos sin remedio y sin porqué, huimos porque pocas cosas son más valiosas que andar juntos, huimos porque la vida puede más que el hambre. La ciudad nos marcó el corazón. Las carencias hacían que recordáramos con nostalgia esperanzadora nuestra finca, la finca por la que habíamos trabajado con nuestro abuelo. En la ciudad nada fue fácil. Nuestra historia es la misma de muchos desplazados en el 2002 por los paramilitares y aunque en esa oportunidad conservamos la vida también perdimos para siempre lo que era un todo para nosotros: nuestra tierra.

Dos años permanecemos en la ciudad sin acostumbrarnos. No había gallinas que cantaran, no había espacio para jugar, no éramos nosotros mismos. Un día con esa fortaleza artificial que dan las circunstancias tristes, sobre todo el hambre, nos devolvimos a la finca. Nos acercamos a lo que fue nuestra casa con timidez, sin saber a qué atenernos. Llegamos a las 7 de la mañana y una fuerte explosión nos devolvió a la realidad, al miedo. Nos sacudió las esperanzas. Los paramilitares habían pisado un campo minado, 6 habían muerto de inmediato. Ellos salieron de inmediato a buscar culpables, a señalar personas. Mi papá, que en su vida solo sabía usar el azadón y el machete, fue acusado de armar esos artefactos explosivos. Lo arrestaron, lo torturaron y trataron de sacarle la información que no tenía.

No puedo imaginar lo que sentiría mi papá en esos momentos. Acabábamos de llegar con la simple esperanza de reconstruir nuestra realidad, de tener qué comer, pero habíamos encontrado una circunstancia peor: la crueldad, la desazón,

la impotencia. Éramos vulnerables como todas las familias campesinas de este territorio, solo que nosotros nos habíamos aventurado a regresar. No era un pecado. Cualquiera pensaría que volver era una insensatez. No lo es tanto cuando se tienen 7 hijos esperando qué comer y no hay cómo responderles. Finalmente, como un acto milagroso, soltaron a mi papá. De nuevo nos obligaron a irnos, a dejarlo todo, a abandonar, incluso lo poco que habíamos traído. Esta vez había sido definitivo, pensamos. A la intemperie, al desamparo, escudados en la fe como el único y último recurso. Nos devolvimos a la ciudad.

Pasaron 3 o 4 años y nos enteramos que los paramilitares habían abandonado nuestro territorio. Esta vez volvimos sin miedo. No habían explosiones ni ruidos de guerra, solo quedaron las ruinas de lo que era nuestra casa. Cada espacio abandonado contaba que por ahí había pasado el horror. El monte se había devorado la casa. Todo era desolación. La vida es constantemente comenzar de cero y nosotros teníamos experiencia en esto. El desplazamiento nos marcó el corazón pero no acabó con las ganas de salir adelante. Mi papá sigue siendo un campesino honesto. La vida económicamente no ha sido la mejor, pero la educación ha abierto puertas importantes. Contamos nuestra historia soñando que nadie más tenga que vivirla.

Testimonio 13, 2018

Cuando el corazón deja de latir

Abracé a mi mamá aún confundida por lo que pasaba. Yo era una niña de 4 años y aún no podía comprender por qué había tanta gente en mi casa, por qué la gente estaba asustada, por qué mi mamá estaba llorando. La mirada trémula de las personas, las preguntas, los abrazos, todo era agobiante en ese momento.

Ese día mi papá salió temprano a trabajar como de costumbre. Su despedida habitual era darme un beso en la mejilla. Se despidió también de mi mamá y de mi hermano que solo tenía 10 meses de nacido. Él entregaba recibos en un municipio cercano al nuestro, era un trabajo que le permitía normalmente llegar temprano a casa. Mi papá siempre fue un hombre amoroso, responsable en casa, buen esposo y buen hijo.

Nunca se sabe cuándo es el último abrazo, nunca se sabe cuándo una despedida aparentemente rutinaria es una despedida para siempre. El día transcurría con aparente normalidad solo que iba cayendo la tarde y mi papá todavía no llegaba a casa. Fue extraño, pero un contratiempo en el trabajo lo podría tener cualquiera —pensamos—. Las horas pasaron una tras otra y cada vez la angustia volaba más alto, como los pensamientos. Mi tía recibió una llamada particular, le dijeron que fuera a un lugar al que le decían “El establo”, que había una persona con el uniforme de trabajo de mi papá tirado en el suelo. Ella fue incapaz de ir pero alguien le ayudó en esa labor. Efectivamente era mi papá.

La mala nueva llegó acompañada de preguntas que jamás resolveríamos: ¿Por qué mi papá? ¿Por qué de esa manera? ¿Por qué ese tipo de muerte? La casa se llenó de gente rápidamente. Mi mamá no podía pronunciar una sola palabra. Nuestra familia, lo único importante que podíamos tener, había sido destruida en segundos. Recuerdo que mamá me abrazó con mucha fuerza, lloró con dolor mientras lo hacía. Hay un llanto que viene del alma, hay un llanto tan profundo que no se puede explicar, ese era el llanto de mamá. Mi tío me llevó donde mi abuela a pesar de que el ambiente era pesado en cualquier casa. Donde la abuela había una tensa calma. Mi tío fue el único capaz de explicarme lo que de verdad pasaba. Ese día entendí que jamás vería más a papá, ese día entendí también que había desaparecido toda oportunidad de abrazarlo una vez más.

¿Cómo se repone una familia de algo que no se puede explicar? El asesinato de mi papá nunca tuvo una justificación, todo fue un nudo de especulaciones. Pensar en sus últimos momentos de vida me agobió por muchos años, pero crecer sin él definitivamente me marcó para siempre. Crecí abrazada a sus recuerdos. Mi hermano apenas lo conoce a través de los relatos de mamá. Su vacío ha sido irreparable para todos. Mi abuela sufrió una fuerte depresión de la que solo se recuperó años después.

Pensamos en dejarlo todo y salir. De hecho lo intentamos. Solo que no es tan fácil arreglar la vida, menos cuando se ha sufrido de esta forma. Volvimos porque aún quedaba algo de nosotros, volvimos en nombre de nuestra honestidad, a la expectativa de lo que pasara, prevenidos por las huellas que deja la muerte.

Para los violentos es solo uno más, para nosotros fue la historia familiar. Es de esos episodios que no se le desean a nadie. Son esas horas de dolor y desesperanza a las que una niña despierta únicamente cuando es consciente de la magnitud de los hechos. Ha pasado la vida, las fechas importantes como mis 15 años, mi grado, los cumpleaños de mi hermano, siempre sabiendo que falta alguien, siempre esperando a una persona que no va a llegar. Sé que algo de mi vida se fue cuando el corazón de papá dejó de latir.

Testimonio 14, 2018

Secuestro sin reencuentro

Le pusieron una bolsa negra en la cabeza y le dijeron que no gritara. Imagino los momentos de dolor que vivió, la zozobra de no saber hacia dónde la llevaban. El secuestro fue rápido, a plena luz del día, en la zona comercial del pueblo. Las horas que le esperaban a mi mamá de ahí en adelante le marcaron la vida y el cuerpo.

Vivíamos con mis abuelos. Mi abuela hacía las labores como lavar y alimentar a los soldados (era una oportunidad de trabajo, su relación con ellos era estrictamente laboral; sin embargo, este vínculo causó muchos problemas). Hay un juego estratégico de guerra que los civiles no alcanzamos a comprender: el ir y venir de la información y la capacidad de conocer al enemigo. Alguien que se levanta muy temprano a ganarse unos pesos para sobrevivir y llevar algo a casa no piensa en ese tipo de cosas, la malicia —aunque suene obvio—, es cosa de los malos. Esta guerra que es irracional tiene un alto contenido de especulación. Mi familia fue víctima de lo que se asume, de aquello que se llega a suponer sin meditar mucho.

A mi mamá se la llevaron a la fuerza para sacarle información que no tenía. El nivel de tortura, los vejámenes a los que la sometieron le dolerían a cualquiera de solo leerlos. Todo eso en la oscuridad de tres días son circunstancias que nadie merece vivir. La interrogaron y quisieron saber cosas que ella nunca supo responder, luego la dejaron a su suerte aún con las heridas de la tortura.

Mi mamá salió del pueblo de inmediato, se fue a una gran ciudad y por su seguridad no podía comunicarse con nosotros. Yo era muy niño y no entendía todas estas transiciones en mi vida. Mi papá había sido asesinado en medio de un atentado a la estación de policía mientras trabajaba en una calle cercana.

El día del secuestro de mi mamá la bolsa no solo oscureció sus vista sino también nuestra relación madre e hijo. Crecí al lado de mis abuelos. La figura materna desapareció para mí. Su ausencia me marcó el corazón y la vida. Se fue y pareciera que el verdadero hecho victimizante no fue el crudo secuestro sino su terrible ausencia. Fueron muchos años después que supe de ella. Nuestra relación se había enfriado absolutamente. Era como encontrarse con una vieja amiga; sin sensibilidad, sin la pasión de volver a ver a un ser amado.

Mi abuela dejó de trabajar para el ejército ya que después de ese hecho todos coríamos peligro. Luego nos enteramos que miembros de nuestra familia estaban involucrados en el secuestro, se habían prestado para semejante acto de crueldad.

La violencia deja algunas huellas físicas, marcas que la piel cicatriza pero también deja otras marcas que no son visibles, que permanecen aunque la violencia haya desaparecido, que son indelebles. Estas últimas son las más poderosas, son las que

no permiten recuperar con facilidad la vida. Pequeños huecos que se convierten en grandes cráteres y para las que no hay reparación económica ni social.

Secuestraron a mi mamá, y a pesar de haber sido liberada, jamás volvió.

Testimonio 15, 2018

Las luces de la montaña

Una joven iba tras su deseo de ser docente. Tenía que irse lejos de casa a una zona rural. Se aferró a las fuerzas que da el anhelo de ver los sueños hacerse realidad. Empacó, salió, tomó tres transportes (el último fue un camión) y se subió a la carrocería. Iban bultos de mercado, campesinos de la zona, niños que seguro serían sus estudiantes, a los que miraba con ilusión de conocerlos y llenarles la vida de saberes. Para que logren sus sueños en la vida, pensaba.

Al llegar al pueblo conoció la sede escolar en la que estaría ubicada. Allá la esperaba su compañero de trabajo quien hoy es mi papá. Pasaron 3 años desde ese día para mi nacimiento. La vida no era un jardín de fantasía como de joven ella lo había imaginado. Días largos de trabajo, de arduos quehaceres.

Nací en el pueblo y luego de eso los días consistían en ir juntos a la escuela. Con el tiempo comenzaron algunos cambios. Ya no me dejaban jugar en la calle con los niños, cerrábamos todas las puertas de la casa con doble seguro y la energía eléctrica fallaba seguido. Una tarde mi mamá contestó el teléfono fijo de la casa, era mi papá indicándole que nos refugiáramos porque “venían dándose plomo”. Los dos pasamos alrededor de unas tres horas bajo la cama. El suelo era caliente y hacía calor. Se escuchaba muchos estruendos y disparos, y cuando se alejó un poco el ruido mi mamá decidió que cruzáramos a la casa de enfrente para estar más acompañados. Para cruzar la calle lo hicimos agachados. Solo recuerdo que mi mamá me decía no mires para ningún lado, mira para el frente. Ahora sé que no quería que viera los muertos que dejaban en las calles, era lo que pasaba regularmente. Llegamos a casa de mis vecinos. Varios niños nos refugiamos en un cuarto y con la inocencia de la edad, teníamos en promedio 5 años, nos permitía jugar en medio de ese cruel momento. En un momento corrí a decirle a mi mamá que necesitaba ir al baño (y por el gesto de su cara sentí que había pedido algo malo). El baño de esta casa antigua y campestre quedaba al otro lado del patio y daba a la montaña de donde venían los sonidos. Tal cual una escena de película militar.

Recibí instrucciones para caminar agachada, entrar rápido al baño, cumplir mi necesidad y correr de regreso. Así lo hicimos, pero al tener la montaña frente a mis ojos vi un gran juego de luces rápidas. Fue imposible no detenerme a mirarlo. Un grito de mi mamá y un jalonazo del antebrazo me recordaron que debía correr a refugiarme de las balas que pasaban enfrente. El fin de semana me enviaron a casa de mis abuelos a un pueblo diferente mientras mis papás gestionaban el traslado para estar más seguros. No es un lindo recuerdo, es imborrable. Y ahora con más conciencia de la crueldad de la guerra, solo anhelo que ningún niño más crezca con horrorosos recuerdos así.

13 de septiembre

La vida es sagrada y todos los seres humanos la protegemos por encima de cualquier cosa. En nombre de ese instinto natural decidimos dejar nuestra casa, nuestras cosas, todo lo que éramos en el pueblo. Nos arriesgamos a ser extranjeros en una nueva ciudad. Pasamos por el suplicio de ser desconocidos, pero al menos nos habíamos resguardado del horror que se vivía en la región. Fue en 2001, nos trasladamos hasta la capital por la ola de violencia que impartían las autodefensas. Esa es mi historia y la de mi familia.

Los juegos en el barrio los cambiamos por las peripecias de cruzar calles inundadas de carros y motos. La vida de ciudad asombra al pueblerino, pero sobre todo lo aflige. Llegamos a vivir con unos familiares, conscientes de la incomodidad y la falta de espacio. Sin importar ello decidimos salir adelante a como diera lugar. Mamá fue una guerrera en todo el proceso, puso la fuerza y las ganas para levantarnos de semejante adversidad y logramos conseguir un lote en una invasión. Las dificultades para estudiar eran considerables, no obstante, descubrimos la solidaridad de algunas personas en mi colegio y así logré terminar el bachillerato.

No es fácil salir del espacio que te pertenece y vivir en hacinamiento, experimentar el hambre, el frío y saber que dejaste un lugar en donde no vivías todo eso, solo por la violencia. El tiempo hizo de las suyas y los ánimos en mi pueblo fueron bajando. Un día mi hermano y yo decidimos volver. Mamá quiso mudarse a una ciudad más cercana y decidió dejarnos ir a nuestro pueblo natal porque consideró que no habría peligro y parte de nuestra familia aún vivía allá.

En el 2009 mi hermano de 17 años decidió ir a visitar a mi mamá. Él quería seguir estudiando, desentenderse del ambiente del pueblo y sabía que las expectativas académicas y sociales allí eran bajas. La mayoría de los jóvenes siempre entraban a trabajar en cualquier cosa o a enfilarse en los grupos al margen de la ley. La decisión es acertada. No habrá inconvenientes en sacarlo del pueblo —pensamos—. Ese mismo día, 13 de septiembre, llegó a la ciudad y se reunió con algunos amigos. A esa edad un joven quiere tragarse el mundo y se cree capaz de no ser devorado por él. En la madrugada del 14 de septiembre producto de alguna situación que hasta hoy no ha sido aclarada, asesinaron a mi hermano, asesinaron al niño de la casa en una vía concurrida de la ciudad.

No es fácil reponer la tranquilidad familiar después de este tipo de hechos. La violencia es un huracán que ha pasado aleatoriamente por nuestras vidas y a su paso se ha llevado sonrisas, sueños, esperanzas, oportunidades.

Un día salimos de casa esperando reponernos del horror, huyendo por conservar a los nuestros, y luego lloramos la ausencia de un hermano. El tiempo pasó y la verdad no tocó la puerta, el silencio y la resignación ha sido lo único con lo que

vive mamá. Hoy sé que solo su fuerza sostiene la familia, que las expectativas de nuevos tiempos las hemos escrito a pesar del dolor y que lo que dejamos nos hizo levantarnos. La vida ha ido mejorando.

Quisiéramos que nadie pasara por lo mismo, que la historia consumiera la violencia y que solo contáramos estos hechos como monumentos que recuerden lo vivido para jamás repetirlo.

Testimonio 17, 2018

Más allá de las ideas

La historia de este país está llena de personas que por defender sus ideas perdieron la vida, otras tuvieron que marcharse o simplemente renunciar a ellas. Hay una presión sobre quienes hablan, quienes dicen de más, quienes ante la injusticia no optan por el silencio. Mi papá no sabía callarse ante la injusticia, no podía, le nacía del corazón decir lo que todos saben pero pocos se atreven a denunciar.

Como familia muchas veces experimentamos la angustia del “lo van a matar”, ese tremendo dolor de saber que probablemente algo malo se acerca, el sentimiento de persecución, de que observan cada movimiento tuyo, de que te siguen, que a la vuelta de la esquina alguien te espera para quitarte la voz. Desde que mi papá se convirtió en un líder sindical y dedicó sus esfuerzos a la defensa de los derechos laborales de trabajadores del sector salud, vivimos el suplicio de la persecución. Cartas, llamadas, todo tipo de amenazas se amontonaron en el diario de nuestra casa. En varias oportunidades salimos de la ciudad para protegernos; sin embargo, con esa terquedad que solo tiene quien confía en la verdad y la justicia, mi papá continuaba su lucha por los derechos de todos.

Sus ideas incomodaron a los poderosos, y nosotros, su familia, debimos vivir con la idea de que cualquier abrazo a papá podría ser el último. Nunca quiso que nos reconocieran como desplazados producto de nuestras diversas huidas, siempre consideró que la libertad de pensamiento va primero, que su capacidad de decir las cosas superaba toda oportunidad de volverse víctima. Tuvimos también la oportunidad de hacernos con un asilo político fuera del país pero lo rechazó porque la lucha supera la comodidad.

Cualquiera podría fácilmente cuestionar a los revolucionarios, a los que se levantan de la silla, a los que hablan de más, a los que cierran vías, instituciones, iglesias. Es fácil señalarlos por ser los rostros de la inconformidad, el blanco de los que quieren que las cosas sigan como van, pero personas como mi papá han permitido que se reconozcan un buen grupo de derechos. Amigos, compañeros de lucha como ellos mismos se llaman, cayeron en medio de estas batallas por los derechos. Mujeres y hombres silenciados por las balas, atacados por defender los derechos de los trabajadores. Vi sufrir muchas veces a mi papá por cuenta de los ataques a los sindicalistas. Era un hombre que sabía ser sensible.

Desde el entorno familiar nosotros también queríamos a veces protestar en contra de papá, queríamos vivir en calma. Es natural. Nadie quiere vivir con un sistema de seguridad encima, con el suplicio de cambiar comúnmente de rutas y alejarse de familiares solo por protegerlos. Pero los días les han dado sentido a sus palabras, a sus luchas, a sus ideales.

Yo, su hijo, viví los golpes de la distancia, la zozobra del tiempo perdido de mi juventud entre las huidas y el rigor de la seguridad. Mi papá sobrevivió a sus perseguidores, falleció y sus ideales quedaron grabados no solo en el corazón de quienes lo conocimos sino también en los reconocimientos de derechos de muchos trabajadores. Los hombres desaparecen, pero las ideas permanecen.

Testimonio 18, 2018

La banqueta

Era época de empezar la escuela, iría a primero de primaria, lastimosamente este hecho que luce en cualquier portarretrato familiar como un lindo recuerdo en mi caso no tendría el mismo aroma de alegría. En San Luis había clase solo cuando los grupos al margen de la ley lo permitían. En esa guerra absurda también hacían uso de la escuela, entonces ese año no pude estudiar. Mis abuelos decidieron irse a vivir a otra vereda argumentando que la edad ya no les daba para soportar la zozobra de la guerra. En realidad nadie, ni joven ni viejo, debería soportarla. Ellos querían huir de los frecuentes enfrentamientos de guerrilla y paramilitares, de muertes injustas y de abusos, pero no lo lograron, porque hasta allá, hasta La Banqueta, esa nueva vereda en la que irían a vivir, la violencia los alcanzaría.

La guerra encrudeció en San Luis y a mi papá también le tocó salir. Vendió su finca por cinco millones de pesos, un valor realmente irrisorio para un cultivo de café, potreros y casa, pero no había opción. Cerró el negocio, recibió una pequeña parte del dinero y salimos hasta La Banqueta, donde nos ubicaríamos con mis abuelos mientras mi papá encontraba nuevas tierras y donde la violencia nos encontraría de nuevo. Una mañana una tropa de hombres armados con vocabulario soez llegó a casa y obligó a mi abuela a prepararles almuerzo. Se paseaban por el patio impacientes por el hambre y como el poder de las armas es el más desalmado de todos los poderes, uno de los hombres gritó a mi abuela:

—Si se demora haciendo el almuerzo le mato al cucho.

El cucho era mi abuelo.

La fragilidad de la vida tomaba forma en ese instante. ¿Acaso la vida de alguien podría depender del tiempo de cocción de unos alimentos a leña? Para la violencia sí.

De niño esta escena y otras más crueles que ya leerán, creó en mí, y en otros tantos, sed de venganza, ganas de hacer de algún modo pagar tan vil trato. En esta jungla de perversidad el único camino posible para algunos es la misma guerra, unirse a un bando y tratar de devolver el daño que se recibió. Esa fue la decisión de mi tío, pero como era predecible, lo mataron las mismas filas de las que se quería desquitar. Mi abuelo recibió la noticia con el dolor de padre pero con la resignación que la guerra nos deja, normalizando la muerte, o mejor decir, normalizando los asesinatos.

Esos días La Banqueta parecía más una banqueta de espera de malas noticias, de dolor y desesperanza. Pasados apenas algunos días de la muerte de mi tío, mi abuelo llegó a casa (había salido al pueblo por alimentos), se quitó el sombrero, volteó el asiento y se sentó de modo que el espaldar quedó en su pecho, en un intento de acto de hombría que el susto en su rostro no reflejaba, porque al entrar su cara tenía un semblante de miedo. Casi me matan, nos dijo mostrándonos el rosetón

en su cuello. Los paramilitares se habían dividido en dos grupos para avanzar en el camino y mi abuelo se había encontrado con el primer grupo. No pasó nada. Luego de más de 30 minutos de andar (en la zona al día de hoy no hay vías terciarias, son caminos veredales), se encontró con el segundo grupo, pero este sí lo hizo parar. Comenzó el juego absurdo e incoherente de la violencia.

—¿Se encontró guerrilla en el camino? —le preguntaron.

—No —respondió mi abuelo.

Un hombre lo tomó por el pecho, lo empujó contra un árbol y colocó una machetilla en su cuello.

—¡Sapo! ¡Mentiroso! —le gritó.

—Vi unos hombres adelante, pero pensé que eran de ustedes —alcanzó a decir mi abuelo antes que desde atrás se escuchara a uno de ellos gritar, haciendo uso de la poca piedad que tenía.

—¡Ya, deje al viejo en paz! ¡Ya no cayó en su juego! Déjelo que avance. Y sigamos que nos coge tarde.

Sí, era un macabro juego para identificar la fidelidad de la gente. Un juego que casi deja sin vida a mi abuelo, pero a mí que escuché la historia, que vi el maltrato en el cuello de mi abuelo, y su cara de impotencia, rabia y miedo juntos, me dejó el anhelo de una adultez pronta, para tomar por mis manos estos asuntos. No lo hice, la música llegó a mi vida y como si fuera un mensaje divino me cambió el horizonte, me hizo ver la guerra con repudio, con deseos de escapar de ella para siempre.

Otros familiares no lograron escapar o tal vez ni siquiera supieron que murieron en la guerra. Gustavito era el bebé gestado en el vientre de mi prima, ya tenía 28 semanas, en aproximadamente 2 meses le conoceríamos. La vida siempre trae esperanzas de un mejor porvenir, o eso sentíamos todos con la espera del nuevo integrante de la familia. Un día ella salió a su control prenatal, llevaba la carpeta en la que guardaba todos los registros y exámenes del embarazo. Se maquilló un poco, se perfumó y dijo “ya vuelvo”, pero no volvió. La angustia silenciosa en casa era devastadora. Pasados tres días salieron a buscarla en comitiva. Fue en vano, no había rastro de ella y su bebé, ni siquiera había llegado al hospital del pueblo. Nadie la había visto y aunque nadie lo aceptaba, todos ya suponíamos que no habría un final feliz de reencuentro. A los 10 días de la desaparición de mi prima embarazada, las aves de rapiña dieron el más horroroso mensaje que la naturaleza pueda dar. Mis familiares en compañía de vecinos salieron persiguiendo a los chulos que ya habían encontrado el cuerpo en descomposición. Gustavito no alcanzó a ver la guerra, porque la guerra no le permitió ver la luz del día.

¡No más llamadas!

Ellos inspiraban un poder que viene del miedo, un poder producto de su crueldad, de la forma despiadada como asesinaban a las personas.

—¡Los paramilitares son una porquería! —le dije sin reparos. No medí las consecuencias de mis palabras, era una niña de 15 años.

Recuerdo que vivían al lado de mi casa. Ellos llegaron y arrendaron todas las casas que pudieron, comenzaron a hacer vínculo con las personas. En mi casa pedían favores sencillos. Mi mamá trabajaba como modista y le mandaban a arreglar pantalones. Los acercamientos empezaron y cómo se le dice que no a esas personas. A menudo se sentaban en mi casa a contar sus historias. Uno de ellos que le decían El paisa, le pedía el favor a mi mamá de que le hiciera algunas hierbas en agua para poder dormir. Dicen que de la cantidad de gente que había matado no podía dormir.

A mis 15 años caminaba algo así como 20 minutos para ir al colegio, era inevitable pasar por las viviendas de estos sujetos y someterme a sus miradas. Uno en especial que gozaba de cierta confianza en mi casa comenzó a acercármese más, me dijo que él me regalaba una moto. En principio me pidió la tarjeta de identidad, yo le dije que sí pero jamás se la permití, siempre le di largas. Me parecía extraño que requiriera ese tipo de información.

Hay ciertas cosas que un hijo no comparte con sus papás, la inseguridad lo puede someter a uno a cualquier cosa, la falta de confianza puede exponernos a vivir todo tipo de experiencias. Esa carencia comunicativa con mis padres hizo que creyera —con cierta ingenuidad— que podía controlarlo todo yo misma.

Mi papá vendía Chance, me decía que le ayudara con la venta y lo correspondiente a las ganancias me lo quedaba. Les empecé a vender a estos vecinos y los acercamientos eran cada vez mayores. En medio de las dinámicas de guerra urbana a los que nos sometían en ese tiempo, surgió el rumor de que se había metido la guerrilla. Los paramilitares dejaron en nuestra casa una motocicleta y no habían ido por ella. Nos preocupaba de dónde había salido, cómo ese vehículo podía estar involucrado con las acciones delictivas y nosotros lo teníamos ahí en nuestra casa. Mi mamá se comunicó con ellos y pasaron por la motocicleta. En tanto la gente los vio salir se llegó a decir que nosotros éramos colaboradores de los paramilitares, sin pensar siquiera en la presión que se siente cuando estos piden un favor.

Uno de ellos, Mario Martínez, me hablaba y me buscaba. Un día me dijo que nos viéramos, que él me esperaba. Yo accedí. Ese día nos fuimos en un taxi hasta una zona poco concurrida de la ciudad. En el restaurante intentó darme caricias y besarme, algo que desde luego no permití porque era un señor de unos 59 años y me producía repudio. Como un acto milagroso llegaron los paramilitares al lugar,

eso lo puso muy nervioso, se ocultaba. Lo que estaba haciendo no se ajustaba a lo que ellos aprobaban. Yo me escondí en una bodega inmensa, a los minutos salí y afortunadamente no fue otra la historia de esa cita.

Mario enviaba personas a que me vigilaran, su persecución era desesperante, me sentía observada todo el tiempo. Una vez que cambié de ruta por acompañar a un amigo me detuvieron diciendo que yo qué estaba haciendo allá, que cuando me dieran la moto no me iban a dejar montar a nadie. Jamás iba a recibir esa moto, era como recibir mi condena. El jefe de ellos, Carlos, me llamó para interrogarme, me preguntaba si Mario me perseguía, si me acosaba. Yo le dije que no. Él me había advertido con anterioridad que si eso pasaba debía responder que no, que si decía lo contrario le iba a hacer daño a mi familia. Estar bajo los pies de la violencia es espantoso, te reduce completamente la perspectiva de vida.

Mario se fue a Bucaramanga y desde allá seguía llamando. Consiguió (inexplicablemente) los números telefónicos vecinos y seguía interfiriendo en mi vida, ordenándome cosas. Una vez con el objetivo de que pagáramos el recibo del teléfono de la casa y poder llamarme, nos dijo que reclamáramos una plata en un barrio de la ciudad. Apenas llegamos y hablamos con el señor al que le íbamos a cobrar, de solo mencionarle el nombre Mario Martínez se arrodilló y dijo que él conseguía esa plata a como diera lugar. Nosotros nos asustamos mucho, no sabíamos que era de esa forma, no queríamos recibir esa plata. El señor nos obligó porque dijo que de lo contrario lo mataban. No podía creer lo que nos tocaba hacer. El horror de sentirse parte de ellos, de su sistema de presión, de su crueldad. Mi mamá le reclamó eufóricamente a Mario. Estábamos consternados por esa situación, y no era para menos.

Él siguió llamando y no sé de dónde saqué valor para enfrentar el acoso de este sujeto. Un día le dije que los paramilitares eran una porquería, que estaba cansada de lo que hacían. Eso me costó que un grupo de ellos me visitaran y nos echaran de la ciudad. Nos dieron algunos días para salir, pero que nos podíamos quedar si yo pedía perdón por mis palabras. Mi mamá estaba llorando y la situación en casa estaba muy tensa. Por acción propia decidieron dejar las cosas así, que no nos preocupáramos, dijeron. Sin embargo Mario siguió llamando y esta vez dijo que venía a visitarme. Me trataba cariñosamente e insinuaba que en esa visita iba a acostarse conmigo. Le conté a mi mamá y decidimos irnos. Esa misma noche recogimos algunas cosas y nuestra decisión fue tal que salimos del país. El sometimiento a esto era cada vez más dañino, permeaba completamente la tranquilidad de toda la familia. Pero no termina la historia porque fuera del país este sujeto logró enviarme un mensaje con una tía a la que llamó, dijo que donde estuviera me iba a buscar, que llegara al pueblo o de lo contrario tomaba medidas con mi familia. Dejó un número para llamarlo. Yo regresé al país por el bien de mi familia, cansada de los niveles de acoso. La última vez que hablamos dijo que iba a

matar un mundo de gente. Ya no me importó, le dije que matara al que fuera, que yo ya estaba cansada. A veces solo se necesita enfrentar el miedo para que deje de ser una verdadera amenaza.

La escasez a la que nos sometió la violencia fue inigualable. Mis padres tuvieron que rebuscarse la comida haciendo trabajos a los que no estaban acostumbrados. La presión, la persecución, el hostigamiento, son cosas que nadie merece vivir. Puedo contar mi historia porque afortunadamente logré después de años superar las secuelas de la guerra, pero sé que hubo muchas mujeres que en mi condición y por negarse fueron tristemente asesinadas. La violencia sexual ha sido una herramienta de guerra y el acoso el instrumento favorito de aquellos que saben matar más allá del cuerpo.

Testimonio 20, 2018

Se fue la luz

Cuando escuchas historias de lindos amores de épocas pasadas la vida se llena de ilusiones, de anhelos por una historia igual. Cuando escuchas sufrimientos pasados te llenas de miedos, de prevenciones, de dolores que no sentías. Mi abuela se casó a sus 18 años. Mi abuelo, un muchacho de bien, trabajador, tenía ese espíritu de proveedor que la tradición cultural le exigía y su propia tierra. Todo eso le hacía estar listo para desposar a la joven que le robaba suspiros. De la boda me cuentan que la sencillez reinó y del camino que empezó nació mi mamá y mis 2 tíos, que construyeron poco a poco una linda casa, el campo daba para todo el sustento. Una hermosa escena de amor campesino. Esa es la parte de la historia que más amo escuchar. Mi mamá no vivió un amor así de lindo, muy joven se enamoró de un soldado profesional del ejército colombiano, gestaron mi vida, y mi papá decidió huir a su tierra natal Barranquilla y olvidar que en Norte de Santander nacería un hijo suyo.

Al conocerse la noticia de un recién nacido los vecinos de la vereda venían a visitar al niño, traían un presente y también rumores de que la guerra había llegado, que la vereda ya no era la misma. Recomendaban cuidarnos. Pasaron 4 meses de mi nacimiento, mis abuelos y mis tíos serían mi figura paterna. Amor no me iba a faltar.

Una noche el fluido de energía falló.

“Se fue la luuuuz”, gritó a alguien ante el evidente hecho.

Se comenzaron a escuchar los perros ladrar sin parar, pasos, órdenes de “avancen” y en menos de nada estaban allí, en la puerta de la casa, preguntando por mi abuelo, gritando que les abrieran. Mi abuelo salió y 7 disparos fueron a reposar en su cuerpo. Cayó en brazos de mi mamá. Los hombres se marcharon dejando claro a grito de pulmón que lo mataban por colaborador del Ejército Nacional, por “sapo”. Más de 22 años y mi mamá no logra sanarse de ese duro e injusto momento.

Como si el asesinato de mi abuelo no fuera tragedia suficiente, pasados unos días del sepelio, los hombres de la FARC regresaron, esta vez traían noticias de desalojo. Toda la familia estaba amenazada, debíamos irnos de la vereda, debíamos dejar la casa, la tierra, los cultivos. Todo quedaba en manos de ellos. Entonces una madre soltera, una viuda y tres niños, empacaron lo que pudieron y salieron de lo que en un tiempo fue suyo. A la intemperie y desde la nada comenzó una nueva historia. Ya en la zona urbana de una ciudad con sufrimientos, hambre y dolor estaban en el camino. Afortunadamente hoy esas circunstancias son historia, pero el dolor de injusticia es un sello de realidad. Legalmente nos registraron como desplazados pero las tierras nunca han regresado a nuestra familia. Mi abuela aún recuerda con anhelo y añoranza la que un día fue su casa, y con dolor de ausencia a quien un día fue su amor.



EPÍLOGO



El Catatumbo es una región de Colombia ubicada en el departamento Norte de Santander. En esta región el conflicto se conoce desde el ingreso de grupos insurgentes, es el caso del ELN, en los años 70. Paulatinamente han ingresado los demás grupos armados y en la actualidad hay bandas criminales que operan en la región. Todos buscan el control del territorio para el manejo y control de los cultivos de coca.

La crudeza de hechos como carros bomba, ataques a las estaciones de policía, paros armados ordenados por los grupos al margen de la ley, homicidios selectivos, masares, secuestros, desapariciones forzadas, hostigamientos a la fuerza pública, enfrentamientos, desplazamientos masivos, no pudieron seguir siendo solo visibles a los ojos de los habitantes de la región y en el año 2000, el Catatumbo empezó a ser referente nacional para el Gobierno y los medios de comunicación. Lo que sus habitantes conocían se hizo público y fue así como esta región comenzó a considerarse una de las más violentas del país. Toda esa violencia, empezó a ser documentada a través de diversas fuentes escritas, que de manera aislada consideraban el sentir de las víctimas de la violencia, naciendo la necesidad de llevar a cabo una investigación de reconstrucción de la memoria oral con jóvenes estudiantes de la UFPSO.

Reconstruir memoria con la voz de sus víctimas no es fácil, y menos cuando el conflicto se mantiene. Ser identificado como una persona capaz de rechazar los actos violentos llena a las víctimas de temor, por esa razón y para no dejarlos en

estado de mayor vulnerabilidad, los testimonios en este libro fueron anónimos, por cuanto, víctimas y victimarios todavía conviven en la región.

Leer cada uno de los testimonios ofrecidos lleva a las personas a ponerse en la condición de quien vivió el hecho violento y se revive una vez más el conflicto en Colombia. En esto radica la importancia de la historiografía en escenarios de conflicto armado.

A cualquiera debe conmover leer que un actor armado afirme que una niña necesitaba ser violada, además de esto, que a esa afirmación se le sume la frase “ella se lo buscó”. La sociedad invierte los papeles, le carga la responsabilidad a la víctima (niña de 12 años) y es ella quien debe explicar lo que ni siquiera puede entender. El contexto de la violencia sexual termina siendo inhumano, obliga a las víctimas a silenciar lo sucedido, es un crimen invisible y subregistrado. Lo que pretende esta investigación es su visibilización.

La guerra es el día a día de los catatumberos, que solo esperan la muerte o distintas formas de abuso, al punto de agradecer una amenaza, una amenaza se convierte en un favor, **no un delito**. Lo único que no se agradece es la muerte, secuestro o desaparición forzada de un ser querido.

Conociendo el contexto nace el interrogante: ¿Cómo se puede contribuir para mejorar las condiciones de los jóvenes en el Catatumbo?

Nuestra respuesta es: cambiando las armas por libros.

Urge la necesidad de garantizar la educación y, en este caso donde no es completa, o muchas veces inexistente, urge la educación superior para todos los jóvenes del Catatumbo. La UFPSo debe tener un enfoque diferencial con estos jóvenes, el enfoque no se puede reducir a que sean o no víctimas del conflicto, a quienes se les ofrecen unos cupos limitados. Por ser la universidad de la región, debe abrir sus puertas a todos los jóvenes provenientes del Catatumbo que deseen realizar sus estudios de educación superior, sin limitar su ingreso a promedios o rangos en las pruebas de estado. Se debe tener en cuenta que el conflicto no les permite tener un desarrollo académico continuo como los demás estudiantes del país. Es imperioso quitarles a los actores armados del conflicto a los jóvenes, a través de quienes materializan la guerra.

Cambiando las armas por los libros, se cumplirá el deseo de los estudiantes que ofrecieron su testimonio en este libro.

- Recordamos para no repetir (Testimonio 9, 2018).
- No es fácil reconstruir el tejido social, contar nuestras historias hará que reparemos un poco lo que fuimos y lo que podemos ser (Testimonio 10, 2018).

- La mejor manera de recordar a mi hermano es que ese tipo de historias no se repitan jamás. Que la guerra no dañe vidas, que la guerra no dañe amores (Testimonio 11, 2018).
- La vida económicamente no ha sido la mejor, pero la educación ha abierto puertas importantes. Contamos nuestra historia soñando que nadie más tenga que vivirla (Testimonio 13, 2018).
- No es un lindo recuerdo, pero es imborrable y ahora con más conciencia de la crueldad de la guerra, solo anhelo que ningún niño más crezca con horrorosos recuerdos así (Testimonio 16, 2018).
- La vida ha ido mejorando, quisiéramos que nadie pasara por lo mismo, que la historia consumiera la violencia y que solo contáramos estos hechos como monumentos que recuerdan lo vivido para jamás repetirlo (Testimonio 17, 2018).

No repetir la historia es el gran objetivo al que deben volcarse todos los estamentos en esta región: academia, sociedad, y Gobierno.



GLOSARIO



Conflicto Armado Interno: es aquel que se desarrolla en el territorio de una Alta Parte Contratante entre sus fuerzas armadas y fuerzas armadas disidentes, o grupos armados organizados, que bajo la dirección de un mando responsable, ejercen sobre una parte de dicho territorio un control que les permite realizar operaciones militares sostenidas y concertadas y, aplicar el Protocolo Adicional II a los Convenios de Ginebra (Convenios de Ginebra, 1949).

Memoria histórica: la memoria histórica puede definirse como memoria extendida en tanto “relato que confiere sentido general a un periodo”, el cual encuentra su fundamento en huellas y vehículos de reconocimiento del pasado, y las cuales son el producto de estrategias de dotación de sentido. Este relato, en el caso en que se acepta ampliamente en la sociedad y se posiciona como versión hegemónica, ha recibido el calificativo de “memoria emblemática”, la cual fundamenta en mayor medida las políticas oficiales de la memoria, y determina en gran medida el conjunto de las iniciativas que existen en cada contexto al respecto, constituyéndose en núcleo de un régimen de comprensión del pasado, desde el presente (Antequera, 2011).

Memoria oral: la memoria es la raíz de la historia oral puesto que esta última es una narrativa en la que se reconstruye el pasado a partir de los recuerdos del entrevistado. La historia oral se refiere a la producción y uso de fuentes orales para la reconstrucción histórica (Peppino, 2011).

Víctimas: en el marco del derecho internacional, la Organización de las Naciones Unidas indicó que las víctimas son todas aquellas “personas que, individual o colectivamente, hayan sufrido daños, inclusive lesiones físicas o mentales, sufrimiento emocional, pérdida financiera o menoscabo sustancial de los derechos fundamentales, como consecuencia de acciones u omisiones que violen la legislación penal vigente en los Estados Miembros (Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, 1985).

REFERENCIAS

- Academia de Historia de Ocaña. (2011, 12 de diciembre). *Fundación de Ocaña*.
<http://academiaocana.blogspot.com/2011/12/fundacion-de-ocana.html>
- Aceves Lozano, J. (1999). Un enfoque metodológico de las historias de vida.
Revista Proposiciones, 29 (13), 1-3. http://www.sitiosur.cl/publicaciones/Revista_Proposiciones/PROP-29/13ACEVES.DOC
- Alcaldía Municipal de San Calixto. (2020, 1 de febrero). Nuestro municipio.
Historia. <http://www.sancalixto-nortedesantander.gov.co/municipio/nuestro-municipio>
- Alcaldía Municipal de Abrego. (2019, 7 de noviembre). Nuestro municipio. <http://www.abrego-nortedesantander.gov.co/municipio/nuestro-municipio>
- Alcaldía Municipal de Hacarí. (2020, 26 de febrero). Nuestro municipio. <http://www.hacari-nortedesantander.gov.co/municipio/nuestro-municipio>
- Alcaldía Municipal de Sardinata. (2020, 7 de julio). Nuestro municipio. <http://www.sardinata-nortedesantander.gov.co/municipio/nuestro-municipio>
- Asociación de Municipios del Catatumbo, Provincia de Ocaña y Sur del Cesar. (s.f).
Teorama. <https://asomunicipios.gov.co/municipios/teorama/>
- Asociación de Municipios del Catatumbo, Provincia de Ocaña y Sur del Cesar.
(s.f.). *Tarra*. <https://asomunicipios.gov.co/municipios/el-tarra/>

- Benadiba, L. y Plotinsky, D. (2001). *Historia Oral. Construcción del archivo histórico escolar. Una herramienta para la enseñanza de las ciencias sociales*. Novedades educativas.
- Bermúdez Briñez, N. y Rodríguez Arrieta, M. (2009). La fuente oral en la reconstrucción de la memoria histórica: su aporte al documental “Memorias del Zulia Petrolero”. *Revista de Ciencias sociales*, 15 (2), 317- 328.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2016). *Tomas y ataques guerrilleros (1965-2013)*. Centro Nacional de Memoria Histórica. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2020/01/tomas-guerrilleras.pdf>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2018). *Catatumbo: Memorias de vida y dignidad*. Centro Nacional de Memoria Histórica. http://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2020/01/catatumbo_memorias-de-vida-y-dignidad.pdf
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir memoria histórica*. Centro Nacional de Memoria Histórica. <https://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2009/cajadeherramientas/presentacionbaja.pdf>
- Corte Constitucional. (2015, 16 de diciembre). [Sentencia T-766]. DO: <https://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2015/T-766-15.htm#:~:text=T%2D766%2D15%20Corte%20Constitucional%20de%20Colombia&text=El%20Ministerio%20de%20Minas%20y,al%20expedir%20las%20Resoluciones%20N.>
- Corporación Autónoma Regional de la Frontera Nororiental (2010). *Plan de ordenación y manejo de la cuenca hidrográfica del río Algodonal*. Corporación Autónoma Regional de la Frontera
- Nororiental. https://corponor.gov.co/publica_recursos/pomca/algodon/PLAN_DE_ORDENACION_Y_MANEJO_CUENCA_RIO_ALGODONAL.pdf
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística. (s.f). *Censo Nacional de Población y Vivienda*. <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/proyecciones-de-poblacion>
- Fundación Ideas para la Paz. (2020). *Verdad y afectaciones a la infraestructura petrolera en Colombia en el marco del conflicto armado*. Fundación Ideas para la Paz, <https://codhes.files.wordpress.com/2020/08/codhesfinal.pdf>. P. 35.
- Gobernación de Norte de Santander. (2015, 6 de mayo). *Parque Nacional Natural Motilón Barí*. <http://www.nortedesantander.gov.co/Gobernaci%C3%B3n/Nuestro-Departamento/Turismo/ID/15/Parque-Nacional-Natural-Motil%C3%B3n-Bar%C3%AD>

- Gobernación de Norte de Santander. (s.f). *Resguardos indígenas*. [Mapa]. Recuperado de <http://www.nortedesantander.gov.co/Gobernaci%C3%B3n/Nuestro-Departamento/Mapas>
- INCODER. (2013). *Entre caminos de tierra*. Instituto Colombiano de Desarrollo Rural - Incoder. Recuperado de : <http://www.misionrural.net/misionimg/1.%20Entre%20caminos%20de%20tierra.pdf> . P. 31)
- Instituto Geográfico Agustín Codazzi IGAC. (2016, 7 de mayo). *Tibú, Municipio del Norte de Santander en donde renacerá la paz*. <https://www.igac.gov.co/es/noticias/tibu-municipio-del-norte-de-santander-en-donde-renacera-la-paz#:~:text=Conocido%20como%20Bertrania%2C%20fue%20creado,con%20la%20explotaci%C3%B3n%20del%20petr%C3%B3leo>.
- La Opinión. (2020, 27 de mayo). *Ecopetrol suspende operaciones en planta de gas de Sardinata*. <https://www.laopinion.com.co/region/ecopetrol-suspende-operaciones-en-planta-de-gas-de-sardinata-196999>
- La Opinión. (2020, 21 de junio). Disidencias controlan el 20% del narcotráfico en el Catatumbo. *La opinión*. <https://www.laopinion.com.co/judicial/disidencias-controlan-el-20-del-narcotrafico-en-el-catatumbo-198321>
- Ministerio de Cultura. (2005, 25 de julio). Resolución. [Resolución 928 de 2005]. DO: http://www.avancejuridico.com/actualidad/documentosoficiales/2005/45989/r_mc_0928_2005.html
- Ministerio de Cultura. (2005, 25 de julio). Resolución. [Resolución 929 de 2005]. DO: http://www.avancejuridico.com/actualidad/documentosoficiales/2003/45989/r_mc_0929_2005.html
- Ministro de Minas y Energía. (2012, 30 de enero). Resolución. [Resolución número 180102]. DO: <http://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?ruta=Resolucion/4029604>
- Ministro de Minas y Energía. (2012, 24 de febrero). Resolución. [Resolución número 180241]. DO: <http://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?ruta=Resolucion/4030017>
- Naciones Unidas. Derechos humanos. (2009, 18 de junio). *Declaración del Profesor Philip Alston, Relator Especial de las Naciones Unidas para las ejecuciones arbitrarias*. <https://www.hchr.org.co/index.php/informes-y-documentos/visitas-relatores-especiales/143-visitas-relatores-especiales-a-colombia-2009/3585-declaracion-del-profesor-philip-alston-relator-especial-de-las-naciones-unidas-para-las-ejecuciones-arbitrarias>
- Oficina de las Naciones Unidas para la Droga y el Delito (2019). *Colombia, monitoreo de territorios afectados por cultivos ilícitos*. Estudios de Sistema Integrado de Monitoreo de Cultivos Ilícitos, Legis S. A. https://www.unodc.org/documents/crop-monitoring/Colombia/Colombia_Monitoreo_Cultivos_Illicitos_2019.pdf

- Oficina de las Naciones Unidas para la Droga y el Delito (2018). *Colombia, monitoreo de territorios afectados por cultivos ilícitos*. Estudios de Sistema Integrado de Monitoreo de Cultivos Ilícitos, Legis S. https://www.unodc.org/documents/colombia/2019/Agosto/Presentacion_Informe_Monitoreo_Territorios_Afectados_por_Cultivos_Illicitos_Colombia_2018.pdf
- Organización Colparques. (s.f.). *Los Estoraques*. <http://www.colparques.net/ESTORAQUES#aceptar>
- Parques Nacionales Naturales de Colombia. (2013). *Plan de manejo Parque Nacional Natural Catatumbo Barí*. <https://www.parquesnacionales.gov.co/portal/wp-content/uploads/2013/12/PlandeManejoPNNCatatumboBari.pdf>
- Parques Nacionales Naturales de Colombia. (2020, 10 de noviembre). *Parque Nacional Natural Catatumbo Barí*. <https://www.parquesnacionales.gov.co/portal/es/parques-nacionales/parque-nacional-natural-catatumbo-bari/>
- Parques Nacionales Naturales de Colombia. (2020, 11 de noviembre). *Área Natural única Los Estoraques*. <https://www.parquesnacionales.gov.co/portal/es/parques-nacionales/area-natural-unica-los-estoraques/>
- Presidencia de la República. (2017, 21 de marzo). *Declaración del Presidente Juan Manuel Santos sobre el proceso de transformación y modernización de la Policía Nacional*. <http://es.presidencia.gov.co/discursos/170321-Declaracion-del-Presidente-Juan-Manuel-Santos-sobre-el-proceso-de-transformacion-y-modernizacion-de-la-Policia-Nacional>
- RCN Radio. (2020, 20 de octubre). *Ecopetrol advierte posible cierre de Campo Tibú por constantes acciones violentas*. <https://www.rcnradio.com/economia/ecopetrol-advierte-posible-cierre-de-campo-tibu-por-constantes-acciones-violentas>
- Revista Dinero. (2013, 30 de octubre). *Locomotora radioactiva*. *Revista Dinero*. <https://www.dinero.com/edicion-impresa/negocios/articulo/el-uranio-nuevo-objetivo-mineria/187083>
- Revista Semana. (2016, 28 de mayo). *En las entrañas del Catatumbo*. <https://www.semana.com/nacion/articulo/catatumbo-donde-conviven-farc-eln-y-epl/475475/>
- Silva, M., Mattei, M., Biord, C., Hill, J., González, Ñ., Frías, B., Perrera, M., Triana, V., Rivas, P., Lizarralde, M., Lizarralde, R. y Sumabila. (2018). Los Barí. En Fundación la Salle (Ed.), *Los Aborígenes de Venezuela*, (p. 731). Fundación la Salle de Ciencias Naturales.
- Szyborka, W. (2018). Fin y principio. En Murcia, A. y Beltrán, G (Ed.), *Poesía no completa* (p. 23). Fondo de Cultura Económica.

- Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. (05 de diciembre de 2020). *Medidas de satisfacción*. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/medidas-de-satisfaccion/172>
- Villalba, O. (2018). *Crónicas de una década 1955-1965, Colombia*. ArtCad Diseño Industrial.

ACERCA DE LOS AUTORES

Lizbeth Jaime Jaime. Nacida en Ocaña, Norte de Santander. Magister en Derechos Humanos y Democratización. Especialista en Práctica Docente Universitaria. Abogada. Directora del Grupo de Investigación GISOJU. Docente tiempo completo programa de Derecho y directora del Departamento de Derecho y Ciencias Políticas, Universidad Francisco de Paula Santander Ocaña.

Ana María Carrascal Vergel. Nacida en Ocaña, Norte de Santander. Doctora en Derecho, Magister en Derecho Público. Especialista en Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario. Abogada. Docente tiempo completo programa de Derecho. Decana de la Facultad de Educación, Artes y Humanidades, Universidad Francisco de Paula Santander Ocaña.

Martín Humberto Casadiegos Santana. Nacido en Río de Oro, Cesar. Magister en Derecho Constitucional y Derechos Humanos. Especialista en Derecho Público, Abogado. Investigador del Grupo de Investigación GISOJU, Docente tiempo completo programa de Derecho. Director del Plan de Estudios del Programa de Derecho, Universidad Francisco de Paula Santander Ocaña.

Este libro fue compuesto en caracteres Minion
a 11 puntos, impreso sobre papel Bond de 75
gramos y encuadernado con el método hot melt,
en diciembre del 2020, en Bogotá, Colombia.

CATATUMBO

RECONSTRUYENDO NUESTRA HISTORIA

Catatumbo, reconstruyendo nuestra historia plasma la historia oral temática de esta región, con un enfoque exclusivo en las huellas que ha dejado el conflicto armado en las víctimas del conflicto colombiano, que para este caso fueron 21 estudiantes provenientes del Catatumbo, matriculados en la Universidad Francisco de Paula Santander Ocaña durante el año 2018.

La obra inicia con un capítulo sobre las consecuencias del conflicto armado en el Catatumbo —como contexto general—, para dar paso a cada uno de los testimonios obtenidos, que pretenden sacar del anonimato a quienes han cargado con las consecuencias de un conflicto que tiene décadas sin resolverse.

Esta obra demuestra la resiliencia de las víctimas y, por ende, puede ser consultada por cualquier estudiante o profesional, ya que en su contenido se desarrollan situaciones sociales de ocurrencia diaria en un país que ha vivido en medio de un conflicto armado por más de seis décadas.

Incluye

- ▶ Apertura de espacios para iniciar procesos de construcción de paz.
- ▶ Testimonios de las víctimas del conflicto armado de la región del Catatumbo.
- ▶ Procesos de resiliencia con las víctimas.
- ▶ Obra inédita para la región.

Ana María Carrascal Vergel

Abogada, Especialista en Derechos Humanos y DIH, Magíster en Derecho Público y Doctora en Derecho. Actualmente, docente de tiempo completo de la Universidad Francisco de Paula Santander Ocaña.

Lizbeth Jaime Jaime

Abogada, Especialista en Práctica Docente Universitaria y Magíster en Derechos Humanos y Democratización. Actualmente, docente de tiempo completo de la Universidad Francisco de Paula Santander Ocaña.

Martín Humberto Casadiegos Santana

Abogado, Especialista en Derecho Público, Magíster en Derecho Constitucional y Derechos Humanos. Actualmente, docente de tiempo completo de la Universidad Francisco de Paula Santander Ocaña.



Universidad Francisco
de Paula Santander
Ocaña - Colombia
Vigilada Mineducación



GISOJU
Grupo de Investigación Sociojurídico



e-ISBN 978-958-771-994-9